

Archivo Extremeño

✿ ✿ ✿ Revista mensual de Ciencia, Arte é Historia ✿ ✿ ✿

— Febrero y Marzo de 1911 —

SUMARIO: Curiosidades, por Pedro María Torres Cabrera.—Ante su Retrato, por Manuel Monterrey.—Discurso pronunciado en el Ateneo, por D. Enrique Vazquez Camarasa.—Carolina Coronado, por Luis R. Varo.—La Extremeña Carolina, por Mariano Larios.—A Carolina Coronado, por Luz.—Una carta de Núñez de Arce y dos composiciones de Carolina Coronado.—Dijo Pío Cid, por Enrique Segura.—That is The Questión (última traducción de Carolina Coronado).—Jarilla, por Luis Bardaji.—Poesías inéditas de Carolina Coronado: La última luna del siglo; A mi hija Matilde.—Discurso pronunciado en el Ateneo, por D. José López Prudencio.—Carolina Coronado juzgada por Valera.—Última poesía de Carolina Coronado.—Recuerdos y... un poco más, por Uno que va para viejo.—Legajo, por Balduque.—Dos pliegos de Historia eclesiástica de la Ciudad y Obispado de Badajoz, por D. Juan Solano de Figueroa y uno de las obras completas de Diego Sánchez de Badajoz.

≡ CURIOSIDADES ≡

Sr. D. Jesús Rincón Giménez.

Director de ARCHIVO EXTREMEÑO.



MUY distinguido señor mio: Recibo su grata carta en la que me anuncia el propósito que tiene de dedicar el número próximo de ARCHIVO EXTREMEÑO, á honrar la memoria de D.^a Carolina Coronado, y al expresar á V., en nombre de mi mujer y mio, nuestro más profundo agradecimiento por esta prueba de respetuoso cariño á nuestra amada madre (que Dios haya) le ruego encarecidamente que en ese número sea ARCHIVO EXTREMEÑO el intérprete de esta misma expresión de nuestra gratitud, para con las Autoridades, la prensa, el comercio, so-

ciudades y el pueblo todo de Badajoz, por la espontánea y sincera manifestación de duelo tributada á los restos de nuestros amados padres.

Yo quisiera á todos y á cada uno de los que, honrando á aquellos venerados y queridos restos, me acompañaron en el doloroso cortejo, demostrarle personalmente mi gratitud.

En mi deseo de complacerle, por creerlo para mí un doble deber, enviándole alguna composición de las que dejó inéditas doña Carolina y, deseando al mismo tiempo, que fuera, siró la mejor, porque eso yo no puedo avaliarlo, al menos la más apropiada para el objeto á que se destina, emprendimos la tarea de revisar los manuscritos que dejó y, aun cuando no hemos podido, por falta de tiempo, repasar lo mucho que va apareciendo, como el tiempo apremia, elijo las adjuntas que le remito, deseando haber acertado en la elección (1).

Y como expresión de su grande amor á España, no dudo en copiarle la siguiente quarteta que entre el sinnúmero de hojas de papel sueltas ó enlazadas unas á otras, aparece en uno de los legajos:

«¡Oh mi España! ¡Oh mi patria! ¡Oh templo augusto
de piedad y de honor! ¡Oh pura gloria!
A quien le rinde su holocausto justo
de admiración y de virtud la Historia.»

¿Cuándo y por qué la escribió? ¿Qué fué lo que pudo inspirársela? Quién sabe! Los dos primeros versos encierran la honda y tierna *saudade* (permítaseme la frase) por la patria ausente.

También le envió, por si creyera oportuna su publicación en ese número, la adjunta carta que escribió D. Gaspar Núñez de Arce á D. Alejandro Groizard, al leer en la *Revista de Extremadura* la composición de D.^a Carolina á él dedicada, «Byrón desde la tumba».

Me pide V., y yo quisiera disponer de tiempo y suficiencia para

(1) Las composiciones á que alude el caballeroso autor de esta carta, tituladas, *La última luna del siglo*; *That is the question* (soneto del doctor Leite de Vasconcelhos), última traducción de Carolina Coronado; *A mi hija Matilde*, y algunos fragmentos de composiciones apenas empezadas, entre las que se halla la que brotara de la pluma portentosa de la ilustre retirada en Mitra, cuando le sorprendió la enfermedad que la llevó al sepulcro, aparecen publicadas en otro lugar de este número.—*Nota de la Redacción.*

complacerle, que le diga alguna anécdota ó algo de la vida íntima de tan extraordinaria mujer, y séame permitido, á pesar de los lazos tan íntimos que á ella me unian, el calificarla de extraordinaria; no creo que haya nadie que por ello pueda criticarme; si todos hoy rinden tributo á su talento, ¿por qué no se le ha de permitir á un hijo tributárselo también?

Pero antes quiero ocuparme de su labor literaria, no para hacer la crítica de ella, esto sería en mí el colmo de la osadía; otros con más títulos y suficiencia se encargarán de hacerla; sinó para aclarar errores y suplir deficiencias que veo en los periódicos que de ello se han ocupado en estos días, enviándole á V. la lista de las obras que escribió, que algunas, desgraciadamente, se han perdido, y otras están sin terminar.

Novelas.

«Dos Muertes en media vida» (perdida).—«Jarilla».—«Paquita».—«Adoración».—«Filomena» (sin terminar).—«La Luz del Tajo» (perdida).—«La Sigca» (2 tomos).—«Muriña» (perdida).—«Luz».—«La Exclaustrada».—«La Rueda de la desgracia».—«Segunda parte de La Rueda de la desgracia» (sin terminar).—«Paulito».—«Harnina» (inérita).—«Sira» (incompleta).—«El Bonete de San Ramón».—«El Banco azul» (sin terminar).

Obras dramáticas, todas inéditas.

«Alonso IV de León», drama en tres actos representado en Badajoz.—«Un Alcalde de monterilla», drama en un acto (perdido) representado en Badajoz.—«El Cuadro de la Esperanza», comedia en dos actos, representada en el Liceo de Madrid ante la familia Real.—«El divino Figueroa», drama lírico.

Artículos y folletos.

«Paseo del Tajo al Rhin, descansando en el Palacio de Cristal».—«Galería de poetisas españolas» (la biografía de la Avellaneda fué publicada en la colección de sus obras).—«La Erudita».—«Prólogo en un libro de Aguilera».—«Cartas de Portugal al Estandarte, 1877».—«Arceles del Tajo».—«A mis amigos de Madrid».—«Carta á los Catalanes».—«Paralelo de Safo y Santa Teresa».—«Carta á D.^a Emilia Pardo Bazán».—«Carta á Valdeiglesias».—

«El suicidio de los niños».—Varios artículos sobre la abolición de la esclavitud en Cuba».—«España y Napoleón», sobre diplomacia.

Ahora, para complacerle, y con la brevedad que el caso requiere, voy á darle cuenta de algo no conocido, algo que revela que, si como poetisa, por su talento, fué tan admirada, más admiración merece tal vez por sus virtudes, su caridad cristiana y su amor al prógimo.

Bien conocido de todos es que en su casa de la calle de Alcalá, 43, hallaron hospitalario asilo varios de los prohombres comprometidos en la revolución del 22 de Julio de 1866, y á esto debieron el salvar la vida; allí estuvieron Castelar, Martos, Becerra, Cárlos Rubio, y que en los sótanos de la casa estuvieron cuántos sargentos y soldados pudieron caber, teniendo el entonces Secretario de la Legación de los Estados-Unidos, el Hon. Horatio Justus Perry y su digna esposa D.^a Carolina Coronado, que pasar varias noches en unas butacas, porque hasta sus propias camas las habían cedido á los refugiados, y en aquellos azorosos días no había medio de proporcionarse otras. También en esa misma casa de la calle de Alcalá, estuvo después el Marqués del Duero, complicado, creo, en los sucesos de la Plaza de Toros, y antes lo había estado Caballero de Rodas, herido gravemente en la acción de Vicalvaro.

Por aquel tiempo del 66 era Ministro de los Estados-Unidos en España el Hon. J. P. Hale y temiendo este tener complicaciones con el Gobierno de España, por el grande número que había de refugiados bajo el pabellón americano, no quiso recibir al General D. Baltasar Hidalgo, el que por intervención de D.^a Carolina se refugió en la Legación de Bélgica. Cuando se trató de hacer salir de España á los comprometidos, Mr. Hale, solo se prestó á acompañar á los acogidos bajo el pabellón americano, negándose á acompañar al general Hidalgo y poniendo por condición que si éste había de ir con los demás, tenía que ser conducido por Madame Perry, pero no por ninguno de la Legación; no dudó un momento D.^a Carolina en aceptar tan arriesgado como caritativo encargo; inmediatamente se hace conducir á la Legación de Bélgica; como señal convenida, hace pasar su abanico al general Hidalgo, éste sale inmediatamente, y en el mismo coche en que á la puerta esperaba D.^a Carolina, es conducido, acompañado de ésta, á la estación

del Norte; al bajar del coche se coge del brazo del General y atraviesa hasta el andén, donde se encuentran con el Ayo del entonces príncipe Alfonso, después Alfonso XII. Calcule Vd. la sorpresa del Ayo y del General por tan inesperado encuentro; solo doña Carolina conservó la serenidad de ánimo suficiente para contestar al saludo que aquel le hizo: «Vengo á despedir á estos amigos que se marchan á Francia, á donde espero lleguen sin novedad». Pero todos los coches estaban ocupados y no había sitio para el General, y en tanto que enganchaban unos coches, continuaron tranquilamente paseándose en el andén.

En los días de la Revolución del 72, una noche sabe doña Carolina que en las cuevas de Atcha estaba uno de los comprometidos herido gravemente y en peligro de que le cogieran; manda preparar su coche, y acompañada de una persona de su confianza, corre á salvar á aquel desgraciado, que ni supo quien era, ni lo ha sabido después.

El hijo de un General, cuyo nombre no importa, era cadete en la Academia Militar de Toledo, y en una algarada de los alumnos, quemó el retrato de la reina Isabel II; fué juzgado, y el consejo de guerra le condenó á muerte. D.^a Carolina que, como le decía doña Isabel, solo se presentaba en palacio para pedir alguna gracia de indulto, gracia á la que siempre se prestaba la magnánima Reina, á palacio se fué, y es interesante la escena habida entre ambas señoras. Al decir D.^a Carolina el objeto que allí la llevaba, contestó la Reina:

—¡Pobrecito! ¡pobrecito!, perdonado, desde luego perdonado.

—Señora, ha cometido un grave delito, ha quemado el retrato de V. M.

—¿Y por eso le van á matar? Hizo muy bien, porque estaría tan feo como todos.

Este cadete, si no estoy mal informado, alcanzó andando el tiempo un alto puesto en la milicia.

Entre los papeles de D.^a Carolina, aun se conserva la carta del General, padre del cadete, agradeciéndole el haber salvado á su hijo.

Sabido es el fusilamiento del general Espinosa; pero no se sabe que D.^a Carolina la cual, como he dicho, estaba siempre pronta á interceder por los desgraciados, fué también á pedir por Espinosa. La Reina Isabel contestó como siempre á la poetisa:

—Perdonado, perdonado.

D.^a Carolina corre á comunicar la grata noticia á la desolada esposa del General; pero el entonces presidente del Consejo de Ministros, General O'Donnell, se negó á ello, amenazando con que el Ministerio todo presentaría su dimisión; las circunstancias hicieron que la voluntad del Ministro prevaleciera sobre la de la Reina, y Espinosa fué ejecutado; la infeliz esposa no pudo resistir este golpe, y perdió la razón.

En los comienzos de la última guerra civil, fueron cogidos dos prisioneros carlistas de una de las partidas del Norte, y estaban condenados á muerte. Las señoras todas que estaban en San Sebastián, firmaron una exposición al Regente del Reino, el General Serrano, pidiendo el indulto; este estaba acordado, pero se sabía que no llegaría sino después de la hora señalada para la ejecución, porque había empeño en que fueran fusilados los dos infelices. En esta ocasión halló D.^a Carolina un corazón noble y generoso que se prestara á secundar sus planes, en el gobernador civil D. Joaquín Cabirol, que no dudando en arriesgar su porvenir, se prestó á comunicar al Gobernador de la Plaza que acababa de recibir el despacho de indulto, cuando aun no había llegado; esta loable mentira salvó la vida de aquellos dos infelices.

Y ahora como *mot final*, pues va siendo demasiado larga esta carta, voy á referirle lo ocurrido con Alejandro Dumas. Cuando el novelista francés, en su viaje á España, llegó á Madrid, se vió en tan crítica situación, que no tenía dinero ni para pagar el pupillage; sabido esto por los esposos Perry, de la manera más delicada posible, hicieron aceptara la hospitalidad que le brindaron en su quinta (casa de las Rosas) en el barrio de Salamanca. Pero saben también que Dumas tenía dada á teñir una bata de terciopelo, que él usaba, y el tintorero se negaba á devolvérsela sin que le abonara el importe de su trabajo. Lllaman al tintorero, le pagan la cuenta que presentó, y le hacen ir á entregar la bata á Dumas y que

le pidiera disculpas, diciéndole que no sabía que la tal prenda era de un hombre tan eminente, que se creía muy honrado en servirle y no quería nada por su trabajo. Dumas quedó doblemente gozoso y satisfecho, por recobrar lo que juzgaba perdido y por ver que su nombre era tan conocido y respetado en España; á poco de ocurrir esto, regresó á Francia y murió.

Pero no terminaré sin decirle que el primer cablegrama que cruzó el Atlántico, lo recibió D.^a Carolina; venía dirigido á su marido; este se hallaba ausente y ella lo recibió. El cablegrama dice:

—Las señales se oyen distintamente; al leer este despacho, inclínate la rodilla en tierra y alabad el poder de Dios que bendice el trabajo del hombre...

Mucho celebraré que estos apuntes le puedan servir para el objeto que desea.

Y como siempre me repito de Vd. afmo. amigo s. s. q. b. s. m.,

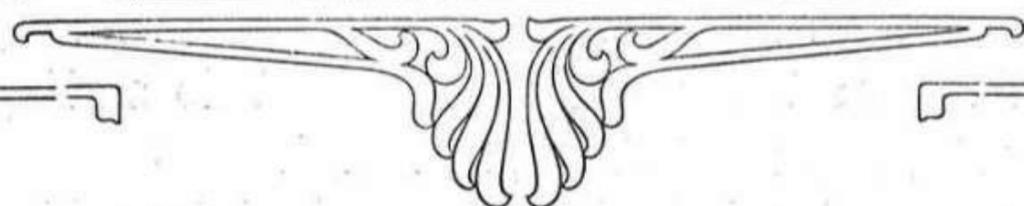
Pedro María Torres Cabrera.

Mitra 19 de Febrero de 1911.





ANTE SU RETRATO



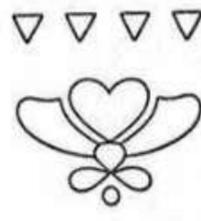
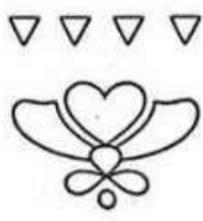
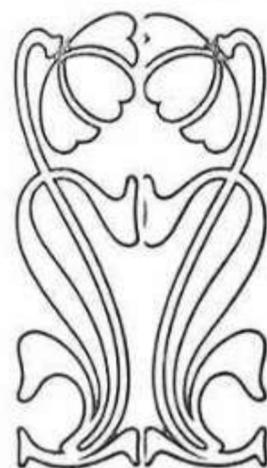
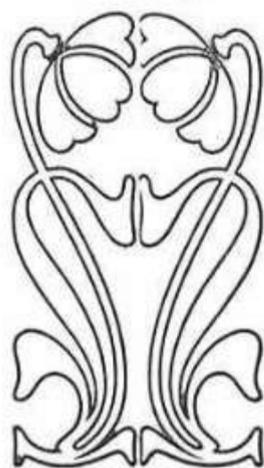
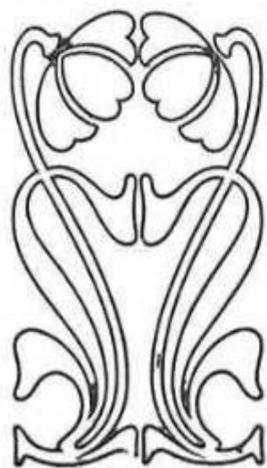
El trazo de su cuerpo es tan gallardo,
tan delicadamente femenino,
que recuerda las damas de Leonardo
de Vinci, artista del pincel divino.

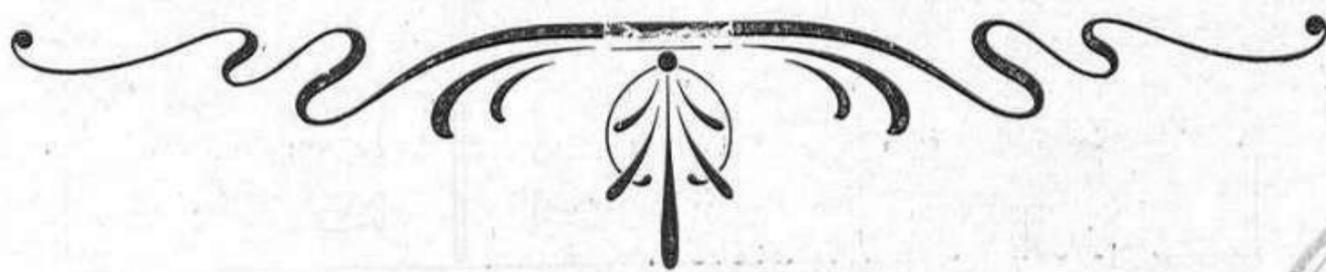
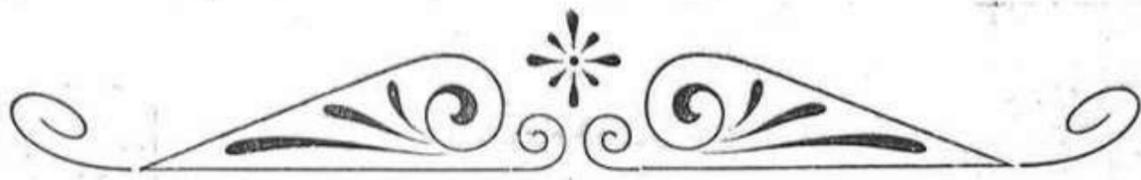
La dulce curva de su blanca frente
un tinte melancólico hermosea,
y en ella hizo su nido la fulgente
divina mariposa de la idea.

Por sus ojos el alma se divisa
como blanco lucero entre la fronda
en una noche de fragante brisa.

Y hay en sus labios placidez tan honda,
que dan la sensación de la sonrisa
alada y celestial de la Gioconda.

Manuel Monterrey.





En el Ateneo de Badajoz.

Discurso pronunciado por el Presbítero

D. Enrique Vázquez Camarasa

en la velada necrológica que celebró dicha Sociedad el 5 de Marzo
en honor de Carolina Coronado. (1)

Señores:



AN de ser mis primeras palabras en esta noche, tributo de reconocimiento á la Junta directiva del culto Ateneo de Badajoz, que honrándome sobremanera, ha querido que las desmayadas notas de mi pobre palabra vengan á unirse al himno aquí entonado por vuestros entusiasmos á la memoria de la inmortal poetisa extremeña; y homenaje asimismo de gratitud al Excmo. Ayuntamiento de Almendralejo, que honrándome no menos, se ha dignado conferirme su representación en este acto.

Y al venir yo, señores, á poner mi flor en el espléndido ramillete

(1) Pensamos en un principio rescñar la velada del Ateneo; pero siendo lo más importante de ella los discursos de nuestros estimados colaboradores el joven y elocuente orador sagrado D. Enrique Vázquez Camarasa y D. José López Prudencio, presidente de la sección de Literatura, que también pronunció una oración hermosa como resumen del acto y elogio de Carolina Coronado, nos ha parecido mejor publicar separadamente dichos discursos y las composiciones poéticas que en la misma velada se dedicaron á la insigne extremeña.—*Nota de la Redacción.*

que el Ateneo de Badajoz ofrece á la gloriosa figura de Carolina Coronado, no espereis de mi un trabajo de crítica propiamente dicha, con sus clasificaciones retóricas, análisis de virtudes y defectos, examen de escuelas, procedimientos, técnica poética y demás circunstancias, condiciones y requisitos de rigor en esa clase de trabajos, no; al invitármeme á tomar parte en esta velada, se me indicó la conveniencia de estudiar la obra literaria de mi ilustre paisana desde algun punto de vista especial, para que de los estudios parciales de los demás oradores cuya elocuencia vá seguramente á cautivaros en esta noche, resulte la semblanza total de su personalidad poética. Pues yo, señores, voy á recoger y ofrecéroslo á vosotros el perfume delicadísimo de que el profundo sentimiento religioso que llenaba su alma impregnó toda su obra poética, sentimiento que inspiró sus mejores composiciones y que levantó con frecuencia su inspiración hasta las cumbres donde blanquean las figuras de la Virgen de Ávila y S. Juan de la Cruz, envueltas en las resplandecientes aureolas del éxtasis místico.

Carolina Coronado cumplió á la letra las palabras aquellas de Schiller á Goethe: «vive con tu siglo, pero no seas hechura suya; trabaja para tus contemporáneos, pero haz lo que ellos necesiten, no lo que ellos alaben». Lo que la época de nuestra poetisa necesitaba era fé, aliento, esperanza, alteza de ideales, afirmaciones consoladoras; ¿y quién duda que son sus más inspirados cantos, aquellos en que vertía su numen toda la maravillosa riqueza de sus cristianos ideales?

La poesía, como todo Arte en general, llega á ser, tarde ó temprano, reflejo de las tendencias y corrientes filosóficas, que desde las alturas en que se elaboran sus conclusiones, van descendiendo prácticamente por mil conductos y modos distintos hasta las últimas manifestaciones de la actividad social, hasta el templo mismo del hogar, de la misma manera que la nieve que blanquea en las cumbres inaccesibles, baja convertida, ya en rumorosos torrentes, ya en humildísimos arroyos, hasta la profundidad de los más ocultos valles. Y por ende, señores, siglo que nacía con la herencia del raquiticismo artístico del siglo XVIII y bajo el peso de las primeras rotundas negaciones en el orden religioso, científico y político con que principalmente la Francia intelectual había empezado á socavar el glorioso edificio de la Tradición; siglo que ponía en las cimas más altas de su Filosofía las concepciones Kantianas con todos sus gémenes de escepticismo; que oscurecía los

horizontes del pensamiento con la negra nube de aquel dolor universal, sin término, que la ciega voluntad del vivir concebida por Schopenhauer encontraba en el fin de todos sus caminos, anhelos y esfuerzos; siglo que se confundía y estremecía con las audacias paradójicas del Panteísmo germánico; que sentía romperse las alas elevadoras del alma ante el desenfreno de las doctrinas materiales, y de la tesis evolucionista explicada fatalmente y aplicada al desarrollo de la Humanidad para hacer inútil la intervención de la Providencia; siglo que de tal manera sombreaba los cielos del pensamiento, tenía por fuerza que llenar de inquietud y escepticismo las almas, y producir una literatura, una poesía, calificada con razón por uno de los más grandes críticos contemporáneos de «rebelión contra la esperanza». Por eso dentro de las escuelas poéticas del pasado siglo, algunos, los menos, cantaron con la inspiración y los ojos vueltos á la Tradición, muchos hicieron vibrar en sus estrofas el tumulto de satánicas rebeliones, los más sintieron caer sobre su inspiración las sombrías noches de la Duda,

«noches de soledad, noches de hastío,
en que lleno de angustia y sobresalto
se agitaba su ser en el vacío
de fé, de luz y de esperanza falto.....»

Pues en medio de ese ambiente, surge la poética figura de la Coronado con la lira enguinaldada por las rosas encendidas de la Fe, y con el corazón rebosando con las magníficas armonías de la Esperanza cristiana. Por eso son sin duda sus más regaladas composiciones las inspiradas directamente por su sentimiento religioso. Asegúralo ella misma:

«Al recordar, Señor, que no he cantado
mis himnos á tu nombre todavía,
siento que de la débil arpa mía
las más sonoras cuerdas no han vibrado».

La confesión explícita de su fé frente á las negruras todas de la Duda resplandece en varias de sus poesías; pero especialmente en la titulada «Á la Catedral de Sevilla»:

«Yo tengo un templo, un Dios que me consuela
depositando en él mis oraciones;
tú, deshecho el bajel, rota la vela

no tienes en tu mar sino pasiones.
 Venga la tempestad que te desvela,
 á mi cielo sus negros nubarrones,
 que tengo fé, y en mi paciente alma
 para toda borrasca hay siempre calma».

¿Quereis una prueba de la efusión con que admiraba la bondad de Dios y confiaba en su dulcísima providencia? Pues saboread las estrofas de su encendido canto «á la Bondad de Dios». Vá en él describiendo el orden y concierto de todas las cosas creadas.

«¡Cómo á la flor atiende,
 cómo al insecto presta forma y vida,
 cómo al agua suspende
 en la nube que hiende
 el aire, y baja en lluvia convertida!»

y dulcemente embebido su espíritu en la contemplación de tan concertadas maravillas, remonta su vuelo majestuoso y corona su canción con el recuerdo de otras muy más regaladas dulzuras que á los justos reserva la providente bondad de Dios.

«Y si con tal desvelo
 protejes amoroso á las criaturas,
 ¿no has de tener un cielo
 donde con tierno anhelo
 suban á verte al fin las almas puras?»

¿Y qué decir de la robusta entonación con que declara la firmeza de su esperanza?

«Nunca se clama en vano
 cuando se clama al cielo en esta lucha
 del existir humano;
 todo, Señor, lo escucha
 la gracia de tu oído soberano.

Halle de tu grandeza
 una señal donde mi vista alcanza
 y en la mayor tristeza
 Señor, tendré esperanza
 y en la pena más grande fortaleza».

Y tan acendrado y robusto era lo cristiano de su inspiración, que

allí donde otros poetas encontraron incentivos para la soberbia del pensamiento humano ó nuevas y más temerosas simas á sus incertidumbres; halló Carolina Coronado alientos para su optimismo cristiano, nuevos escalones para llegar á Dios. Tal sucede con su oda «á la invención del Globo». Pocos espectáculos, señores, más á propósito para levantar el corazón con el soplo vivificante de los grandes ideales, para afianzar, en medio de los vaivenes de la existencia, con las áncoras de la esperanza y de la fé nuestro amor y reconocimiento á Dios, que el espectáculo de las grandes conquistas y progresos de nuestro tiempo. Si; esa sumisión con que la materia vá rindiendo día por día sus más íntimos secretos á los pies del hombre, esa celeridad con que el pensamiento y la palabra humana apenas brotan en el cerebro y en los labios se difunden y vuelan por todas partes como bandada de pájaros cantores; esas mil revelaciones científicas de todo género; esa variada muchedumbre de aparatos, máquinas é inventos con que la humana actividad ha hecho efectiva su soberanía en los aires, en la tierra y en los mares; todo ese conjunto de portentos, había de ser medio efficacísimo para descubrir la dulcísima mirada de Dios que resplandece en el fondo de todas las cosas creadas, el grito gigante de amor y gratitud que reuniese á todos los hombres bajo las alas de la confianza y reconocimiento á ese Dios sapientísimo y poderosísimo que ha puesto en nuestro pensamiento y en nuestra voluntad reflejos de su voluntad y pensamientos infinitos, para que á través de todos esos progresos, perfeccionamiento y esplendores, lleguemos á realizar los inmortales destinos que llevamos grabados en lo más profundo de nuestro corazón y en lo más alto de nuestra frente. Pues el espectáculo de esas maravillas, ó servía á algunos poetas de incentivo para soñar con yo no sé qué engrandecimientos ridículos é imposibles del hombre independiente de Dios, ó por singular contraste venía á ensombrecer más las agonías, el drama íntimo de algunas almas. Así por ejemplo la musa pesimista del más escultural versificador del siglo XIX, exclamaba ante los avances é inventos de ese mismo siglo,

«que entre nubes de fuego alza su frente
como Luzbel potente
pero también como Luzbel caído.

¿Llegar...? ¿Adonde? El pensamiento humano
en vano lucha; en vano

su ley oculta y misteriosa infringe.
En la lumbre del sol sus alas quema
y no aclara el problema
ni penetra el enigma de la Esfinge».

En cambio, las maravillas del moderno progreso, representadas y como compendiadas en la conquista de los espacios por medio del Globo, arranca á nuestra poetisa este optimista y magnífico grito con que cierra la hermosa composición antes citada:

«¿No pusiste, gran Dios, harta distancia
entre tu solio y nuestro genio ardiente?
No lograremos, no, por la constancia
el triunfo de encontrarte frente á frente.
Mas libres ya sobre los aire vamos,
y más, Señor, á tí nos acercamos».

Y ese mismo sentimiento religioso, combinándose por admirable manera con su íntimo sentimiento de la naturaleza, fué el que produjo aquellas de sus composiciones que le franquearon de lleno la región de los escogidos, de la poesía genuinamente mística.

Conservó del Romanticismo los dos elementos más característicos de la escuela, el culto ardiente del mundo interior, el gran subjetivismo lírico de todos los grandes románticos, y el amor dulcemente melancólico del paisaje, pero sentido y expresado de la manera especialísima, humana y espiritual, iniciada por el Romanticismo, sorprendiendo las misteriosas analogías existentes entre la naturaleza y los estados de nuestro espíritu, manera que ni los mismos griegos llegaron á alcanzar, y que sólo algunos exquisitos poetas de estos últimos años han sabido realzar é intensificar descubriendo nuevas analogías y más recónditas emociones. Su amor á la soledad y al campo fueron una de sus características, y ese amor prorrumplía con frecuencia en oración ferviente que en forma de estrofas se levantaba hasta los cielos. Y es, señores, que yo creo que aquellas llanuras de su tierra natal y de mi tierra, donde, como nuestra poetisa misma dice en uno de sus libros, no ha sucedido nada notable, donde sólo han cortado los almendros que dieron nombre á la villa, plantando en su lugar viñedos y olivares, donde por ende ni restos gloriosos de muertas civilizaciones, ni monumentos conmemorativos de empresas gloriosas, ni notas perdidas de himnos guerreros pueden ofrecer á la imaginación del ar-

tista pábulo y entusiasmo para épicos asuntos, pero donde, sí, las planicies fecundísimas de aquella tierra bendita extendida con expansiones de paz y de abundancia en pardas y graciosas ondulaciones bajo el beso de aquellos cielos siempre azules, invitan á los altísimos ensueños, al anhelo de lo infinito; donde si no ha resonado nunca el canto que ruge y clamoorea en las batallas, resuena siempre el himno del trabajo santificador que Dios impuso al hombre, trabajo que lucha y canta por aquellos campos, desgarrando sus entrañas y echando en ellas la semilla prolífica que convertida luego en espiga fecunda, verdea como presagio de esperanza, amarillea más tarde con reflejos de oro á los primeros soles del estío, y lleva por último á todas partes la vida y la abundancia transformada en el pan nuestro de cada día; donde la honradez y la robustez cristiana de las ideas es una tradición gloriosa, porque no parece sino que los torbellinos del pensamiento moderno y las trombas de las negaciones demoledoras no encuentran allí donde asirse y pasan empujadas y deshechas por las auras sanas y bonancibles de aquellos campos; yo creo, repito, que aquellas llanuras, aquellos paisajes tan austeros, tan llenos de religiosa calma, que tan callada pero solemnemente invitan á la admiración de las grandes maravillas de Dios, de tal manera se grabaron en la mente de Carolina Coronado, que ya no los olvidó nunca y su dulce recuerdo mantuvo siempre vivo en su alma el amor á la naturaleza, y era el que meciéndose en las cuerdas de su arpa arrancaba aquellas plegarias más que estrofas, eco fiel de la plegaria inmensa que hasta el trono del Creador se levanta de los ámbitos todos de la Naturaleza universal. Por eso, lo repito, algunas de sus composiciones, y especialmente la titulada «El amor de los amores», son una verdadera y fervorosísima oración que recuerda, como dice el P. Blanco, «el amor puro de la bíblica Sulamita, la oración ferviente de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, la queja del alma en la soledad», cuando en la fiesta mística del espíritu brillan las antorchas con divina iluminación y la música interior resuena regaladamente, y el alma ansía la llegada del Esposo y gime en el colmo de sus santos deseos:

Mi amor, el tierno amor por el que lloro
eres tan sólo tú, Señor Dios mío,
si te busco y te llamo es desvarío
de lo mucho que sufro y que te adoro.

.....

Si estás entre las zarzas escondido
y por verme llorar no me respondes,
ya has visto que he llorado y he gemido
y yo no sé, mi amor, porqué te escondes.

Y hé ahí, señores, el secreto de la emoción profunda que los versos de la Coronado nos producen, y la razón principal de la inmortalidad con que su nombre vivirá de seguro en la memoria de las gentes: su profundo sentimiento religioso, inspirando la mejor y mayor parte de su obra literaria. Porque, creedlo, el Arte que perdura y flota sobre todas las contingencias de las escuelas, y de la moda, es aquel que fija su mirada en la Belleza, reflejo de la belleza de Dios, esplendor armónico de la Verdad y el Bien, y sabe penetrar en las entrañas mismas de la naturaleza para recoger las inefables armonías que allí resuenan, y hacerlas después vibrar en las cadencias de la estrofa, engrandecidas y transfiguradas de tal modo, que nos levante sobre las hermosuras de esa misma naturaleza hasta la grandeza de aquella región sin nombre á donde el espíritu y la inspiración de otra gloria extremeña, Gabriel y Galán, se elevaba con tanta frecuencia en esa hora solemne en que

«lentamente, como alientos misteriosos,
de los senos de los bosques se levantan
brisas frescas que estremecen el paisaje
con el roce de las puntas de sus alas;»

región de la que el inmortal poeta canta con encendidos acentos:

«más arriba los luceros de diamantes,
más arriba las estrellas plateadas,
más arriba las inmensas nebulosas,
infinitas, melancólicas, arcanas,
más arriba, Dios y el éter,
más arriba, Dios á solas,
en la gloria con las almas.»

Me dicho.





(Fot. Barcia).

Quinta da Mitra.

Rincon de la sala y sillón donde pasaba buena parte del día
Carolina Coronado.



(Una hoja de laurel para una corona poética)

...Porque nació creyente y fué poeta,
palpita la verdad en sus canciones:
el santo amor de su creer de asceta,
el sumo bien de los celestes dones...

...Porque nació mujer, su canto inspira
del corazón amante el sentimiento,
el maternal amor cantó su lira
y al dolor le hizo gloria su lamento...

...Porque nació extremeña y española
y en su alma de hembra, la virtud alzó templo,
fué del hogar, la reina que acrisola
su reinado de paz con el ejemplo...

...Porque nació española y extremeña,
en cuna hidalga y del amor nacida,
el amor á la patria fué la enseña
de todos los momentos de su vida...

...Porque extinguió el vivir en tierra extraña,
cantó la patria, en inmortales cantos,
que fueron en su hogar, lejos de España,
la fe y la patria, sus amores santos...

Porque acabó su vida... ¿quién concibe,
que muera para el mundo su memoria?...
Ella murió, pero el poeta vive...
y es eterno el reinado de su gloria...

Luis R. Varo.

Alburquerque, Marzo 1911.





EVOCACIONES.

CUENTAN las famas que en un lugar, no lejos de la que en mejores tiempos para ella fué Pax-Augusta, ocurrió un hecho, tan arraigado en la historia, que aquellos sencillos antepasados lo conservaron con esmero en ese libro escrito del amor al hogar, entre el chisporroteo de la lumbre y el azotar del viento en la chimenea, cuando congregados los pastores secan sus pieles y desentumecen sus miembros ateridos por el cierzo frío.

Verdes praderas que van á morir en los atarfales de bullicioso río, ásperos matorrales endurecidos por un sol ardiente y frondosas encinas de retorcidas ramas dan á aquellos parajes la serena tranquilidad donde las almas sin mancilla hallan reposo.

Un pastorcillo que, cansado de matear tras sus cerbatos, tañía la flauta de adelfas hecha, acompañado del tintineo de las esquilas del ganado, sentóse á la sombra de añosa encina, á rumiar en su infantil inteligencia los misterios que el sol en su celeste bóveda, la noche en sus tenebrosidades y las matucas á su paso despertaban.

Súbito resplandor, cien veces como el sol, cegó su vista; y sus

ojos que veían y sus oídos que escuchaban, adormecidos, oyeron una voz de dulzura: «Yo soy flor del campo y lirio de los valles. Hermosas son mis mejillas como cacho de granada, y mis labios como cinta de carmín. Muchas aguas no pudieron apagar el amor, ni ríos lo anegaran. Ama y espera».

Y aquella encina, en sus frutos, señales de la belleza conserva,
Y en aquellos nemorosos lugares, Bótoa se alzó.

* * *

Y en aquel lugar de verdes praderas y de añosas encinas, donde un río bullicioso tiene su lecho, andando el tiempo, una angelical criatura hacía sepulturas á alondras y cantaba elegías á la que en las alturas cirnió sus alas, cantó á sus polluelos.

En aquellas tierras extremeñas, adustas en sus fuertes encinares, alimentados por la sabrosa enjundia de sus entrañas, pasó sus primeros años Carolina. Buena hija de tan buena madre, tenía el temple varonil de D.^a María de Monroy, *la brava* vengadora; las ternuras de la mujer extremeña que educa sus hijos, y su espíritu recogido; porque sabía que las gracias son engañosas, vana es la hermosura y la mujer que vive en el temor de Dios será alabada.

Pero llegó el día y el invierno pasó, fuése la lluvia, las flores aparecieron en el campo de la poesía, la tórtola dejó oír sus arrullos, las viñas en cierce dieron su fragancia, y Carolina supo cantar, como canta la mujer extremeña en su casa: dulzuras y alegrías, tristezas y cantos viriles que á guerreros invitaron á unirse en esforzada lid para salvar la España.

¿Qué hace la negra esclava, canta ó llora?
Tú, Europa, gran señora
que á tu servicio espléndido la tienes,
responde, ¿llora, canta,
ó dormida á tu planta
apoya ora en tus piés sus tristes sienes?
.....
.....
¿No tenemos un Cid? ¿No hay un Pelayo?
.....

Las mandrágoras dieron fruto. De fama en fama sus versos co-

rieron, y rara es la composición que no rezuma el jugo de la madre tierra donde vió la luz. Extremadura, Gévora, en cuyas claras aguas tantas veces se miraron sus ojos bellos; los castillos extremeños de cuyas oquedades supo sacar preciosas leyendas, refrescaron siempre la memoria de la hija amante.

Toda amor, supo conservar en su casa, por fuerza del amor, aquel que pudo llamar como María «su amado blanco y rubio, escogido entre millares»; y el cariño á su esposo, y las ternuras de su hija, sostuvieron aquella vida sin que su inteligencia decayera. Para ellos vivió lo mejor de su vida; por eso se pudo decir: sus hijos están en altura y la llenan de felicidad; su marido se elevó también y la colma de alabanzas. Por eso fué risueño su postrer día.

Mariano Larios.



A Carolina Coronado ⁽¹⁾

Un año más hoy cumples de tu vida
para mi bien, y prez y honra de España,
que unánime en mis votos me acompaña
porque sea esta fecha repetida.

De una generación esclarecida,
ídolo fuistes de belleza extraña;
la crítica, que en otros hoy se ensaña,
á ganar nuevos lauros te convida.

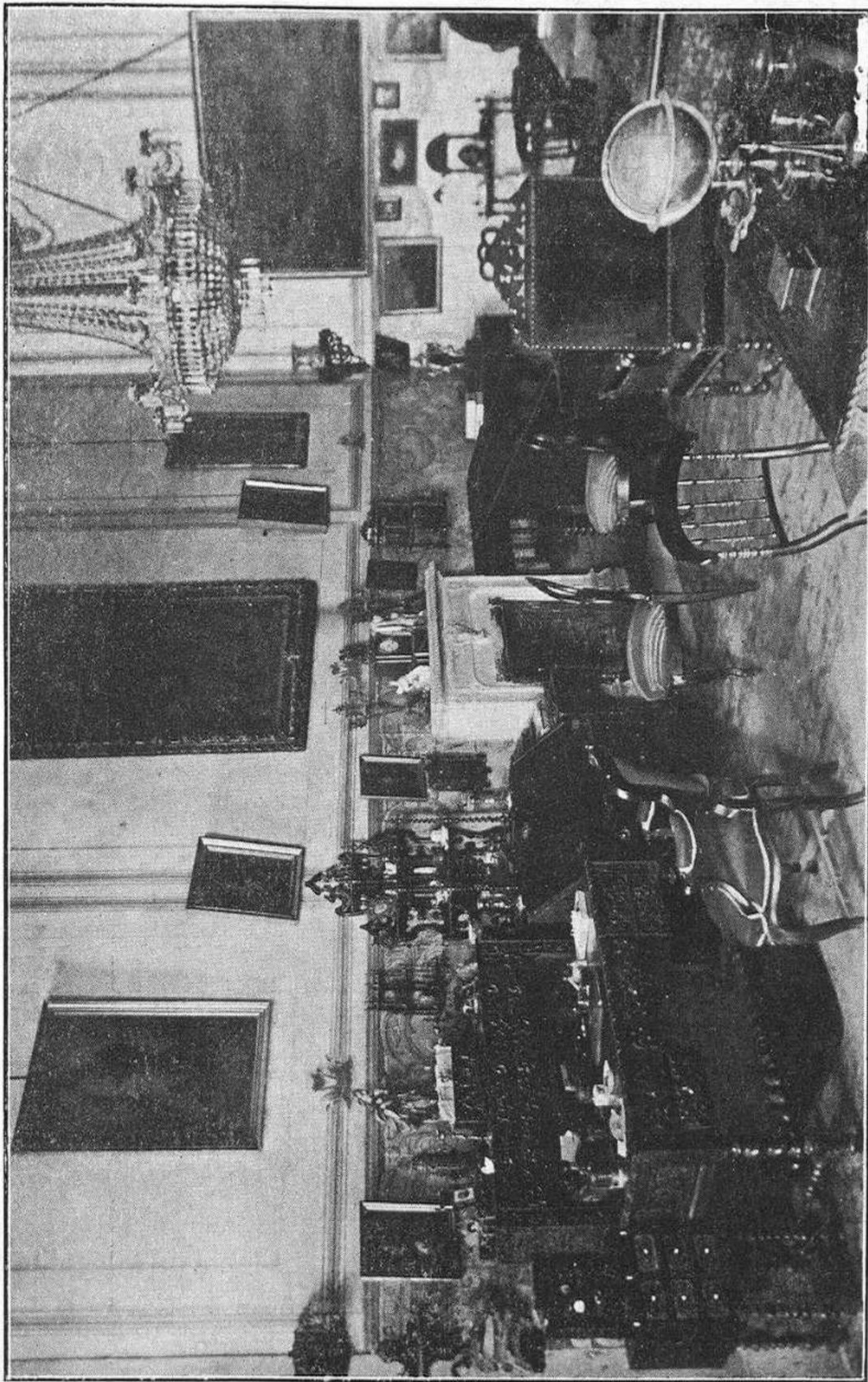
Yo nada tengo, madre, que ofrecerte
más que de ajeno huerto escasas flores,
ni quiero con mis versos conmoverte;

que renovar pudiera los dolores
en que pródiga siempre fué la suerte
y anublaron mi vida en sus albores.

12 de Diciembre de 1905.

Luz.

(1) La autora de este soneto nos ruega que conservemos el pseudónimo en la firma, ruego al que accedemos galantemente, aun considerando que por el texto y por el amor que en él se pone, queda al descubierto el nombre de ella y los santos lazos que la unían á la egregia escritora.



(Fot. Barcia).

Quinta de Mitra: Escritorio de Carolina Coronado.



☀ Una carta de Núñez de Arce y dos
composiciones de Carolina Coronado (1)

Excmo. Sr. D. Alejandro Groizard.

A

querido amigo: Honda emoción me ha producido la lectura de los hermosos versos que, con el título de «A Núñez de Arce, Byron desde la tumba», ha publicado Carolina Coronado en la *Revista de Extremadura*.

Bastaría esa sola composición, si no tuviera tantas y tantas otras que la enaltecen y glorifican, para demostrar que la insigne escritora es una de las más legítimas glorias de su sexo y de su patria.

La poesía que piensa su ilustre paisana dedicar á Espronceda con motivo de la traslación de sus cenizas, se leerá en la velada del Ateneo y se publicará después. Será una nota interesantísima y

(1) Esta carta y estas composiciones son á las que hace referencia y de las que nos remitió copia D. Pedro M.^a Torres Cabrera, por su carta á nuestro director, que aparece en lugar preferente de este número.=(*Nota de la Redacción*).

conmovera, que la poetisa á quien Espronceda dió á conocer, cante, después de tantos años, á su protector y paisano, en el día en que España va á rendirle solemnísimó homenaje (1).

Se reitera á sus órdenes antiguo y verdadero amigo,

Gaspar Núñez de Arce.

12 Mayo 1902.

* * *

He aquí las dos poesías á que hace referencia en su carta el celebrado autor de los «Gritos del Combate»:

Á NÚÑEZ DE ARCE,

BYRON DESDE LA TUMBA.

Al antro de mis nieblas perenales,
llega una voz, mi voz, mi fatalismo...
¿Quién evoca mis sueños terrenales?
¿Quién usurpa mi ser? ¿No soy yo mismo?...
¿Yo soy tú?... ¿Tú eres yo?... ¿Son los mortales
ecos de mi conciencia en el abismo,
gemido palpitante de mi entraña,
que vibra en Grecia con el son de España?...

No eres yo... no soy tú; yo soy del Norte;
tú de Oriente, ó tal vez de Mediodía:
yo era un espectro más de la cohorte
que engendra Londres en la niebla fría.
Tú eres hijo del sol, tú de la córte
de Vesta, cuyo fuego eterno ardía;
yo del dios entre el polo y entre el cielo,
gigante de los témpanos de hielo.

(1) En la velada que celebró el Ateneo de Madrid con motivo de la traslación de los restos de Espronceda, Larra y Rosales, al panteón de españoles ilustres del siglo XIX, leyó referida poesía D. Miguel Ramos Carrión, Presidente, entonces, de la Sección de Literatura.=(*N. de la R.*)

No soy tú... no eres yo; cantas mi canto;
la musa de mi amor has seducido:
del bacanal el desgarrado manto
y la lira manchada has recogido.
Mas eres tú, no yo, quien vierte llanto;
yo hice el llanto verter, no lo he vertido.
Cuando *ella* en un raudal se deshacía,
yo en silencio glaclal me sonreía.

Ese lamento que tu musa canta,
no lo exhaló mi musa dolorida:
el dolor era risa en mi garganta,
y la risa en mi pecho era una herida.
Aun la memoria de mi musa espanta,
cuando la ensalzas, á tu gloria unida;
mas tampoco soy yo sólo el culpado
de ese genio que el siglo ha condenado.

Lo que exhaló mi insólita poesía,
no fueron de mi genio las maldades:
ese genio en Bretaña, resumía
de las godas costumbres las crueldades.
Veladas con solemne hipocresía,
nuestras leyes cruzaron las edades,
y mi pecho, al mostrar su fría lava,
de todo un pueblo el corazón mostraba.

Aquel horror del alma, aquel vacío,
aquel silencio de engañosa muerte,
aquel brutal antojo, aquel hastío,
aquel cansancio de materia inerte;
aquel sarcasmo que, acerado y frío,
mata sin sangre el corazón más fuerte,
no fueron de mi musa los rencores;
era mi noble raza, eran mis Lores.

¿Qué pude yo decir que no hayan hecho?
De la bárbara raza la cuadrilla,
que ensangrentó las aguas del Estrecho,
Aun queda en nuestros campos la semilla.
De orgullo y sangre reventando el pecho,
no quisieron borrar nuestra mancilla,

y fundaron *cuarteles de blasones*,
con pedazos de rotos corazones.

Y nos faltó la dulce, casta y pura
suavizadora, celestial María;
una gota de miel á la amargura,
una chispa de fuego al alma fría,
una madre á la huérfana criatura,
una esposa á la triste fantasía,
la santa protección á nuestro duelo,
¡el Sol con alma en nuestro oscuro cielo!

Por eso la mujer era la esclava
que en el mercado público vendieron,
hasta en el mismo siglo en que engendraba
mi padre al diablo con mí... ¡vendidas fueron!
Las madres todas, la que el ser me daba,
con sufrir esa ley, se envilecieron;
y aquella que nació ya envilecida,
nunca la esposa fué, fué la querida.

La madre... ¡Oh cielos!, si á nacer volviera
frenético y ansioso la buscara:
mi corazón indómito, de fiera,
por arrancar su yugo peleara.
Libre y altiva como el hombre fuera,
la antorcha del saber la iluminara,
y en vez de feudo de placer inmundo,
de gloria fuera manantial fecundo.

La mujer para mí, fué mariposa
de quien gozaba en marchitar las galas,
contemplando su brega temblorosa
al arrancarle las purpúreas alas.
¡Cuántas robé al Abril! ¡Oh, cuánta hermosa,
ciegas de Londres, en las regias salas,
quedaron transformadas por mi mano
de mariposa espléndida en gusano!...

Una que quiso huir, prendí en los lazos,
no del amor, de la virtud austera;
y cuando ya era madre, hice pedazos

los lazos, su virtud, su fé sincera.
Ella estrechaba en sus amantes brazos
al tierno don de su pasión primera;
pero yo, que pensaba amarla un día,
esposa y madre ya, la aborrecía.

Más cuando el dardo del desprecio humano
vino á clavarse en mi indomada frente;
cuando me ví en mitad del Océano
sin ella y sin su tórtola inocente,
entonces un espanto sobrehumano
acometió mi alma de repente,
y en el Norte fatal la vista fija,
sentí amor á la madre de mi hija.

Ella, que no la Grecia, era la esclava;
Grecia era antojo de mi loca idea,
y mi muerte de mi la libertaba,
al sucumbir en Grecia sin pelea.
¡Qué triste estaba el sol cuando expiraba,
del tálamo nupcial fúnebre tea!
¡Y cómo entonces, en solemne calma,
toda mi culpa comprendió mi alma!

Pero esa culpa descubrió el gusano
que las entrañas del inglés roía:
detrás de la venera del cristiano
la torpeza del turco se escondía.
Su vicio sin mi genio era un arcano,
yo á los vicios dí voz y dí armonía;
y á librarme del púdico anatema
en vano acudes con tu voz suprema.

Yo nací con el frío de la muerte,
sin encontrar calor ni en los amores:
Débil el juicio, el apetito fuerte,
buscaba de otro sol los resplandores.
A Grecia me llevó mi errada suerte,
y allí me envías tus hermosas flores.
A Grecia fuí por mi locura necia:
el tirano mayor no estaba en Grecia.

Yo en vez de consumir la sávia pura
del genio altivo que inspiró mi canto,
debí romper la pérfida clausura
del templo en que Albión guarda el espanto;
entrar, pisar en la caverna oscura,
rasgar el velo al pernicioso encanto,
sacar de aquella fúnebre guarida
el alma entre cadenas retorcida.

Porque no hay libertad, os engañaron,
vistiendo al feudo liberal ropaje:
las mismas godas armas afilaron,
para rendir el mundo al vasallaje.
Lo mismo que los déspotas robaron;
la misma impunidad, el mismo ultraje
sufre la humanidad, que allá en la umbría
ruda selva germánica sufría.

Aquel sueño infernal de mi poema,
era Inglaterra, á la que falta el día;
de su egoismo estúpido el emblema,
su fanatismo, su crueldad sombría.
Era de su codicia el anatema,
porque entre el oro helada perecía;
el fin, la destrucción, el caos horrendo
que estaba á nuestra raza prediciendo.

Eran tinieblas para el mundo entero,
porque Inglaterra sobre el mundo extiende
su negra sombra hasta el peñón postrero
donde el judío las entrañas vende.
Faltó la luz porque sobró el dinero,
y, aunque mi patria infiel no lo comprende,
ese fúnebre canto de mi lira,
es *predicción*, no es *sueño* ni *mentira*.

Nuestro pálido sol se va extinguiendo,
el dudoso lucero se obscurece,
los espesos nublados van creciendo,
la luna entre sus huecos no aparece.
Nuestro día se va, lo estamos viendo,
sigue otra noche más... y no amanece...

Y en los fuegos que enciende nuestra guerra,
nos calentamos en la ajena tierra.

Allí estamos en torno de la lumbre,
allí están nuestros reyes coronados,
quemamos del palacio la techumbre,
nuestros techos también están quemados.
Aun espera encontrar la muchedumbre
el calor en los bosques abrasados;
mas se consumen, y pavesa fría
el aire entre la nieve nos envía.

Cada cual abrazado á su tesoro,
buscar intentan alimento y vida,
y entre el polvo, sin luz, muerden el oro
que rechina en su boca maldecida.
Óyese la blasfemia, el grito, el lloro;
fieras salvajes dejan su guarida,
y vienen á juntarse con los hombres
que, en nuestra patria ya, no tienen nombre.

Y las serpientes salen arrastrando,
y se confunden con la turba humana...
Los perros contra el dueño están aullando;
todos se juntan en el hambre insana.
Y, sobre todos, carnicero bando
que ama la noche y odia la mañana,
de aves siniestras que la muerte atrae,
sobre Inglaterra de improviso cae.

Al pié de los altares destruidos,
en la grande ciudad, á los que imploran,
matan, y entre salmódicos graznidos
que los aires atruenan, los devoran.
Mas á orilla del mar aun hay bandidos
que el frío aguantan y en sus barcos moran,
que abrazados á inmóviles serpientes
en ellas clavan sus agudos dientes.

¡Noche sin fin, como la noche eterna!
Todo en mi patria mísera perece...
¿Y la escuadra *triunfal*? ¿quién la gobierna?

¿Quién su consumo de carbón fornece?...
 Todo es *carbón*: la podredumbre interna
 los cascos desbarata, y desaparece
 la flota coronada de cañones,
 que habrán de gobernar... los tiburones!

¿Esto quieres saber? ¿Has invocado
 mi inquieto, peleador numen de guerra,
 para que diga al mundo desdichado
 el futuro desastre de la tierra?
 De la tumba salí, lo has escuchado:
 Mi triste canto la verdad encierra.
 Sufrid la *noche* que le aguarda al mundo,
 y ora dejadme en paz, vuelvo al profundo!

Paço d'Arcos 1883.

* * *

Á ESPRONCEDA

¡Despierta... Harnina! al templo soberano
 que del genio español guarda la fama,
 hoy la voz de Madrid también nos llama
 en honra funeral á nuestro hermano.

Por más que en roca aislada y escondida
 esquivo al esplendor se guarde un nombre,
 el generoso espíritu del hombre,
 al arte consagrado, no lo olvida.

Así mi nombre la misión hereda,
 aunque apartada en el rincón lejano,
 de transmitir el voto castellano
 á la región donde nació Espronceda.

En mi memoria conservé grabada
 la relación de donde fué su cuna;

de Monsalud la señorial morada (1)
guarda ese lauro más en su fortuna.

Allí Espronceda su primer gemido
exhalaba inocente, y la campana
de mi iglesia natal lanzó el sonido,
voz de bautismo de su fé cristiana.

Allí no fué donde su genio ardiente
se arrastró á los abismos de la vida:
allí solo brilló la luz naciente
de una aurora de gloria prometida.

Allí no fué donde dudó su alma
ni blasfemó su espíritu irritado:
allí de honrado hogar, en dulce calma,
solo aspiraba ambiente regalado.

¡Ah! ¡Si pudiera en la región agreste
donde corrió después la infancia mía,
del hálito purísimo campestre
haber nutrido su inmortal poesía!...

O si á lo menos en la patria amada
pudiera reposar libre y tranquilo,
en vez de andar su musa desterrada
á mendigar el extranjero asilo...

Pero arrojado por las negras olas
en que el trono vogaba todavía,
¿á qué voz de virtudes españolas
su joven corazón respondería?

¡Ay! ¡el destierro! cielo sin fulgores,
de prolongadas horas noche oscura,
cadena inquebrantable de rigores,
torrente insoportable de amargura.

Allá donde el vapor de niebla densa
también perturba la conciencia humana,

(1) Palacio del general Marqués de Monsalud. Yo visité el cuarto donde nació Espronceda y oí la relación de los labios de la anciana Marquesa. =
(Nota de la autora).

no tuvo de sus lares la defensa
ni otro mentor que la pasión insana.

Así al volver de su letal desmayo
aquella musa, y con febril encono,
no pudo celebrar el *Dos de Mayo*
sin descargar sus iras sobre el trono.

Su sed de libertad, la sed que abrasa,
la que el ánima sufre eternamente,
sed más ardiente cuanto más escasa
es la vena que brota de su fuente.

¿Escasa? no; del manantial ya seco
solo quedaba en su vertiente el lodo,
y al revolver la muchedumbre el hueco
de aquella libertad, faltaba todo.

Luego, al recuerdo del asilo extraño
donde invocó á la patria tiernamente,
de esa adorada patria el desengaño
hirió su corazón, turbó su mente.

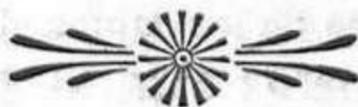
Y excitado su numen iracundo,
rompió en sarcasmos de infernal crudeza,
dejando el alma, con su *Diablo Mundo*,
la confusión, el miedo y la tristeza.

¿Qué nos quiso decir? ¿Fué profecía
que anuncia al pueblo la social campaña,
y el descompuesto grito de su orgía
el deshonor de la vencida España?...

No laureles, no palmas, no canciones:
cese ya de entusiasmos el tributo;
cubra también la lira nuestro luto:
ante su tumba alcemos oraciones.

Mitra, 15 de Mayo de 1902.

Carolina Coronado.





«—Siga el ejemplo de los pequeños mirmidones, que para ser grandes bailaban sobre la tumba de Aquiles.»

GANIVET.



ODOS los artistas extremeños y cuantos tenemos el corazón preso en las mallas de los amores de esta tierra, debemos sentirnos intimamente orgullosos al evocar la figura ensoñadora de Carolina Coronado. La sin par hermosura de su rostro, el alma de poeta y las virtudes de su noble corazón, no alcanzan á herir mis ojos, ciegos por la luz amorosa que Carolina guardaba á estos campos y á estos cielos. Las notas de su lira femenina, forman todas como una sinfonía cuyo *leit-motiv* fuera el amor á Extremadura; y en sus cantos femeninos se adivina este rincón provinciano, cárcel de mi vida y vida de mi alma: ¡Badajoz!

Un poco avergonzado por mis puntillos de escritor, confieso ingénuamente que apenas conocía algunas flores del jardín de Carolina, sino hasta después de su muerte, que las hube de oler todas para derramar lágrimas de plañidera y razonar mis alabanzas. Al recorrer el libro de sus versos, lo que más contento sentir me hacía—sin referirme á los méritos de las bellas canciones—era mirar al pié de sus poesías, dónde fueron escritas, porque place á mi espí-

ritu saborear intimidades de poetas, aún más, si como ahora, traen consigo á mi alma gratos recuerdos...

Estaban escritas muchas de ellas en la Ermina de Bótoa.

Y yo recordaba cómo una mañana del mes de Abril, primaveral, fuimos en romería á la ermita, en el carro del carrero Matamoros, con un grupo de alegres artesanas, todas vestidas de blanco y delantales de espuma y de nieve. Antes de venir el día montamos, sin olvidar las cestas de las meriendas, las guitarras, los palillos, los panderos con albos lazos, y las moñas blancas de las mulas y las del apuesto mozo que las guiara, con su flor en la oreja, el carrero más juncal de toda la calle de Chapín.

Ya se acercaba el amanecer, y la ciudad no había podido dormir aquella noche, por el ruido de los trasnochadores y de los romeros.

Antes del alba, fué cuando pasamos el Guadiana por el puente, donde se movía un aire de frescura, y torciendo á la derecha, por la carretera del Gévora, bajo los álamos, entre miradas y risas y traqueteos del carro, vimos cómo los horizontales rayos del sol que se asomaba, quizá más risueño que de costumbre, entre rosas encendidas, iluminaba con sus luces la llanura.

La carretera de Bótoa
dicen que la están regando
con clavel y clavellinas
para que pase mi carro.

—
En este carrito va
lo mejor y lo más bueno,
rubitas con mucha sal
y morenas con salero.

Menudearon las tonadas de la fiesta en las frescas bocas de aquellas muchachas, y todos nos regocijábamos con la cándida alegría de nuestra juventud.

Cuando llegamos—ya el sol más alto, en un cielo intensamente azul—era de ver cabe la ermita, el suelo de verdura del prado, bajo las sombras de añosas encinas, cubierto de gamarzas, de «jarritas moradas», de don Diegos y de azules campanillas. Y era de contemplar la vistosa caravana de carros inclinados, entoldados de ramas, y el bullicio de las gentes en corro, y el trasiego del vino de la Corchuela, y la algarabía de voces y de risas y de miradas de fuego. Y los organillos y los bailes al son de la charanga en el atrio

donde estaban las mesas con cintas, medallas y amuletes de la vírgen.....

Lejos de ser religiosa, era una fiesta gentilica, de amor á la naturaleza. Y los gritos del rebaño se esparcían como el tupido polvo, por el ámbito azul de aquel ameno paraje, y los rumores llegaban apagados á la húmeda ribera cubierta de adelfas y de juncos, en aquella mañana magnífica de sol.

Allí, cuando el vino y el fuego caldeaban las cabezas, y en las mujeres las mejillas eran granadas y los ojos brillaban encandilados, acompañando á la grotesca procesión—las imágenes primitivas balanceábanse con exceso, como barca en mar de tormenta — pude ver la encina milagrosa que la Coronado en un bello romance cantado había. Y en la ermita, cantó también «el amor de los amores», su joya más preciada:

«¿Quién nos ha de mirar por estas vegas
como vengas al pié de las encinas,
si no hay más que palomas campesinas
que están también con sus amores ciegas?»

La poetisa firmó otras muchas canciones en la muy noble ciudad de Badajoz, donde vivió al salir de Almendralejo.

Y ante el nombre de la capital donde tantos años vivo, recordaba abrumado aquellos lejanos de mi juventud, de vicios y de locuras, la renovación de mis aficiones literarias, los amores muertos como los años idos, y las horas de tedio infinito sin saber porqué!

También escribió en Elvas Carolina Coronado, y también este nombre traía á mi memoria mis veraniegos paseos portugueses al paso del tren por la estación, donde un timbre tintineaba contento en mi espíritu ansioso de volar. Los graves guardiñas de manos enguantadas que buceaban en mi equipaje, y el saludo tan ceremonioso que me hacía el jefe de la *Alfandega*. Ya el tren en marcha miraba desde la ventanilla el empinado monte cubierto de encinas y coronado por las murallas de Elvas, y pensaba en los bailes de las pueblerinas en el Casino y de algunos *muito finchados* portugueses que me hicieran tanta gracia como los milagros del *milagrosso Cristo da Piedade*.

¡Cuántas tardes en Badajoz, paseando mis calladas tristezas como un anciano, por la muralla, bajo las viejas acacias desnudas, miraba la planicie donde un sol de invierno reverberaba en las quietas

aguas del río, y sobre el azulino fondo de suaves crestas ondulantes

«he visto el horizonte *lusitano*
lindando con los prados de mi tierra»,

veía, sobre un altozano blanquear el caserío de Elvas, como si allí se hubiera posado un bando de palomas. Ensimismado, apoyado en el muro, las miraba tan blancas y tan lejos, como las ilusiones de mi juventud.

Y en «La Jarilla», en medio de los campos, aquella rosa extremeña, rosa-rosa, más bonita que un sol, Carolina Coronado, lució los perfumes de su ingenio y ofreció en el panal de su vida las mieles de su alma de poeta.

Estos campos extremeños, pardos y austeros, como sus gañanes; sencillos, como las campesinas del lugar, vestidos de lluvia ó de sol y perfumados de jarales y de romeros; senaras de tierra buena como el pan de flor, regatos habladores, de verde limo, como cabelleras de hadas, entre juncos, donde crecen la menta y el poleo; fuentes de agua clara como risa de moza, canturreos de los pastores, silbos de cabrerillos, sonos de esquilas á la oración, cuando los chivos y las cabras tornan á la majada ramoneando brezos y lentiscos, bajo las chaparras y las madroñeras; campos serenos de mi enamorada Extremadura bajo la comba azul, llorar debeis la muerte de Carolina, porque Carolina ha muerto—y los hombres apenas saben llorar—ya en vuestros murmullos tempraneros del alba, cuando canta la alondra, ó en la solemne paz de la tarde, hora de confesiones y remordimientos, cuando todos lloramos por el alma soñadora de Gabriel y Galán.

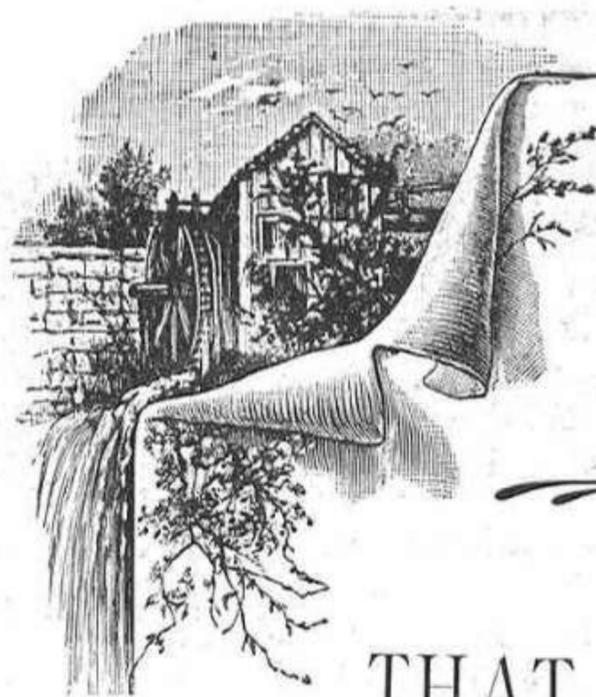
Enrique Segura.





(Fot. Barcia).

Quinta da Mitra.
**Banco de corcho donde la poetisa descansaba de sus paseos por el
jardín.**

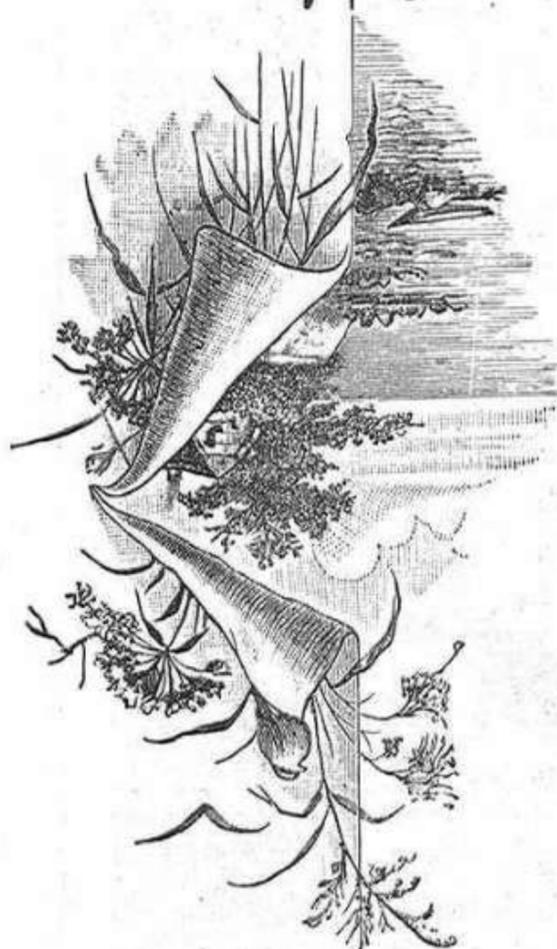


DEL DR. LEITE DE VASCONCELLOS

THAT IS THE QUESTION (1)

(ÚLTIMA TRADUCCIÓN DE CAROLINA CORONADO)

INÉDITA



Cuando ya del sepulcro tan cercano
que apenas quede aliento en mis sentidos,
ni penetre en mis ojos decaídos
la pura luz del astro soberano,

no cuide el mundo que el fantasma vano
que espanta con su aspecto á los nacidos,
arranque de mis labios ateridos
un ¡ay! siquiera del dolor humano.

De frente miraré la Sphynge fria
que no me apartará de mi estoicismo,
aunque á sus piés me postre en la agonía,
pues me place llegar hasta el abismo.

Y en esa eternidad de humanos seres
hombre, sabed al fin lo que tú eres.

(1) He traducido este melancólico soneto del Dr. Leite de Vasconcellos, porque es una sincera manifestación de su creencia en la inmortalidad.

Acusa el vulgo á los hombres científicos de descreencia y en este soneto se revela que, después de haber recorrido los espacios de la Historia para arrancar á los abismos de la tierra los secretos de las civilizaciones, por medio de conocimientos prácticos, el eminente arqueólogo declara que *tendrá grande complacencia en morir para saber lo que es el hombre en el otro mundo*. Es decir que espera la nueva vida para estudiar el último descubrimiento de la ciencia, el de la eternidad.=(Nota de la autora).



✻ JARILLA ✻



El encanto de la ingenuidad que tanto nos agrada gustar á los que nos sentimos hastiados de teatralerías y efectismos, trasciende de este libro más que de otro alguno de su ilustre autora.

Escrito, sin duda, en una época feliz de su vida, hay en él, á despecho de la melancólica protagonista, una superabundancia de alegría, que irradia, luminosamente, por casi todas las páginas de la novela. Novela porque así la llamó la excelsa poetisa. Para mí, es un poema en prosa; un himno, á trechos sublime, entonado á la luz, al paisaje y al cielo extremeños. Fluye á torrentes, en todos sus capítulos, un lirismo de buena ley, sin artificio ni retórica. Carolina Coronado vá mirando el paisaje con el corazón y con los ojos. Nada escapa á su vista, y tiene su estilo voluptuosidades de enamorada, para el lirio silvestre, para el jaral bravío. Otras veces se estremece de espanto, para cantar, sobrecogida, la ingente mole de los canchales, ó se aduerme, mansa y calladamente, para ensoñar amores, al arrullo de los pájaros en celo: salta, juguetón y travieso, al compás de los regatos y guarda sus giros más armoniosos y más bellos para recoger en la selva todos los rumores de la noche.

De tal modo el paisaje se apodera de ella, mareándola con el agreste hálito de la llanura soleada, que la novela, languideciendo, acaba por esfumarse y desaparecer. El escenario es tan grande, que los actores apenas se perciben ni interesan. Jarilla, la hermosa y dulce hija de la selva, pasa, fugazmente, entonando la canción de sus amores, intensa, potente, apasionada y fantástica. Nos conmueve un momento y desaparece enseguida, anegada, perdida en la sierra ó en el bosque.

A ratos Carolina Coronado se sustrae á esta sugestión del paisaje, que es más bien encanto del recuerdo, y entonces brota de su pluma, fuerte, varonil, de carne y hueso, la figura del Condestable D. Alvaro de Luna ó las poéticas y no por eso menos reales de la Reina de Aragón y del Marqués de Santillana. El lector se interesa, porque adivina en aquellos personajes un corazón hermano, noble ó vil, pero agitado por pasiones que los hombres comprenden, movidos por propósitos, nobles ó bastardos, pero fijos y comprensibles. Es un instante nada más, el que perduran en nuestra memoria. El Gévora despierta en la autora un tumulto de sensaciones y de añoranzas, y en esta evocación—página la más bella del libro—la poetisa se arrebatada y olvida la trama novelesca, sin gran sentimiento del lector, que si posee buen gusto, más se deleita con tan soberbias descripciones, que con la fábula, embrolladora é infantil, como de cuento de hadas.

Tiene esta obra una mansedumbre, una alegre resignación que subyugan. Hecha Carolina Coronado á soportar, sin rebelarse, la desgracia, su espíritu femenino, que comprende el dolor como algo tan grande, que por él se llega á Dios, al placer y á la bienaventuranza eternas, nunca, ni al llorar la muerte de Jarilla ó la apostasía de Román, clama desesperada. Y en los instantes más dolorosos, tiene acentos que recuerdan los lamentos de Job, como estos que pone en boca de uno de los personajes: «¡Oh, Dios! Yo te alabo
»cuando me falta el sustento y mi cuerpo desfallece; la hora de mi
»tormento es la de mi mayor alabanza.

»Los hombres mataron mis hijos. Yo voy á morir sin que un
»brazo me sostenga! y yo te alabo!»

A esta dulzura, llegan pocas veces los novelistas; los poetas la alcanzan con más frecuencia: en Carolina Coronado fué constante característica de su obra. Ella sola justificaría su alto renombre, por tantos otros títulos conquistado.

Luis Bardají.



La última Luna del Siglo. (1)

Arribo al siglo veinte...
La luna me ha seguido;
luna del diez y nueve,
alumbra siglos dos.

Su disco refulgente
los dos siglos ha unido,
y á entrambos con sus rayos
adios, les dice, adios.

Sus rayos iluminan
de un siglo el cementerio,
de otro siglo la cuna
ilumina también.

(1) Escrita esta poesía tanto tiempo hace cuanto va de siglo, sin que se sepa por qué, su autora no la había dado á la publicidad, y pertenece al número de las que su hijo político tuvo la atención de remitirnos para su publicación en este número.—(Nota de la Redacción).

Las almas adivinan
el terrible misterio
de la muerte y la vida,
en el mal y en el bien.

Misterio es que una luna
sirva de hermoso lazo
al desengaño viejo
y la nueva ilusión.

Misterio que los una
con amoroso abrazo,
siendo de entrambos siglos
celeste corazón.

De la guerrera saña,
aun las sangrientas huellas,
por el disco rojizo
de la luna se ven.

Hay Dios y Él acompaña
por medio las estrellas,
pasando al otro siglo
ese cerco también.

Vosotros que estudiais
en negras y encarnadas
aquellas doctas letras,
que yo nunca aprendí.

Que al otro siglo vais,
almas enamoradas,
de tanta nueva ciencia,
¿qué dice el signo allí?

Los astros son espejos
del mundo en que vivimos,
y en ellos se refleja
fielmente la verdad.

Y aunque rigen tan lejos
y aquí no los sentimos,
nos une con la luna
estrecha intimidad.

Mas ¡ay!, yo tengo miedo,
como en la noche oscura,
aunque alumbra esta noche
con vivo resplandor.

Y resistir no puedo
la ola de amargura
que el ánimo sumerge
en un mar de dolor.

Es porque miro á España,
que en ella fué mi cuna,
y unido su infortunio
con mi infortunio está.

Y el alma le acompaña
con la viajera luna,
y ansiosa en el espacio
tras de la patria va.

Mas ya no están... murieron,
y aquellos que han nacido
me miran como sombra
del ave que pasó.

Jamás mi rostro vieron,
más tal vez han oído
el eco de mi acento,
que su infancia arrulló.

Salud, prole moderna,
tal vez son de esperanza
los rayos de esa luna,
que alumbran siglos dos.

Y á España gloria eterna
anuncia en la mudanza
el resplandor, que dice
al nuevo siglo: ¡Adios!

1.º de Enero de 1901.

À mi hija Matilde. (1)

Hija del corazón, era tu vida
como el azul del trasparente cielo

(1) Esta y la que sigue, brevísimas composiciones, por su caracter íntimo, con más razón que la intitulada *La última luna del siglo*, y como otras muchas cuyos originales se extraviaron, permanecían inéditas, pero encontradas entre los papeles de la inolvidable escritora extremeña, merecen que las demos á conocer.—(Nota de la Redacción).

hoy por el infortunio obscurecida
no puede dar á mi dolor consuelo.

Mas no quiero morir, vivir anhelo
por verte y escuchar tu voz querida,
de tus versos oir los dulces sonos
y contigo rezar las oraciones.

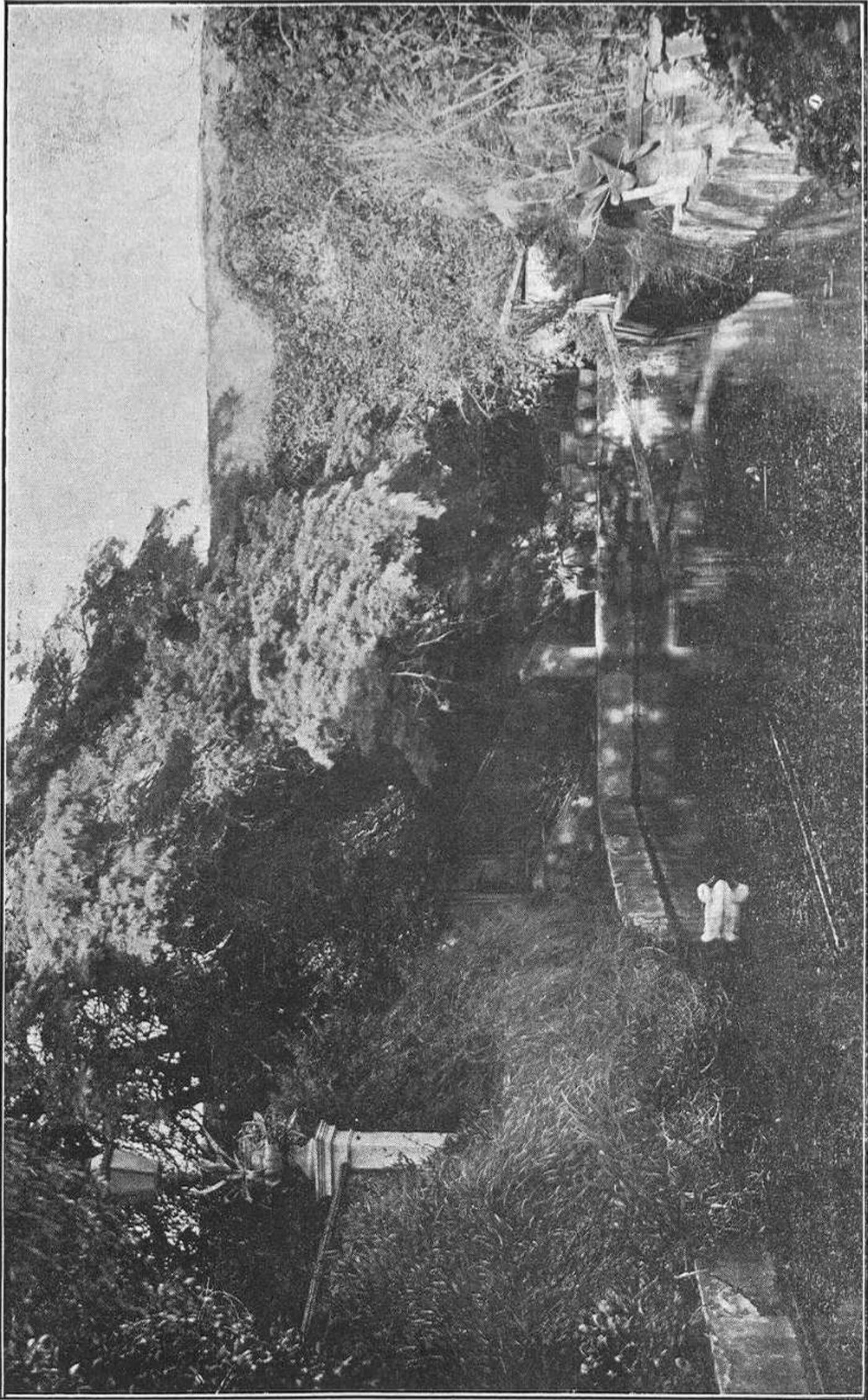
3 de Abril de 1904

Gracias, alio :to maternal que puro
elevas al mortal sobre la tierra
y de la fé del alma en el seguro
vive apartado de la humana guerra.

Por tí salvé de un siglo la distancia,
en el aereo bajel de la poesia,
sin que vencer pudieran mi constancia
los vendavales de la suerte mia.

¡Oh! cuantas veces mi barquilla errante,
de los nublados desgarrando el velo,
contra el mismo Aquilón salió triunfante,
volviendo á ver la claridad del cielo.





(Fot. Barcia).

Quinta da Mitra: Estanque donde se vé la pata que cuidaba diariamente la notable escritora.

En el Ateneo de Badajoz.

Discurso pronunciado por el Presidente de la Sección de Literatura

A. José López Prudencio

en la velada necrológica que celebró dicha Sociedad el 5 de Marzo
en honor de Carolina Coronado.

Señores:

QUA veleidad caprichosa del destino, que por venir sombreada con velos funerarios, no me atrevo á considerar como un halago de la fortuna; ha querido que me encuentre yo ocupando este puesto, á donde tan cariñosa como inmerecidamente me elevaron los ateneistas de Badajoz, mis amigos y mis maestros, precisamente en esta ocasión en que se hace necesario rendir este homenaje, triste y doloroso por la ocasión que la provoca, pero de sincero afecto y admiración á una de las glorias literarias más legítimas de Extremadura, de esta Extremadura tan fecunda siempre en laureles para ornar la frente augusta de la noble España.

No le es posible á la humildad de mi voz, no le es dado á la pobreza de mi palabra llevar á esa tumba gloriosa una brillante corona de elocuencia como las que acaban de ofrendarle con sus discursos y con sus cantos inspirados los oradores y los poetas cuyas composiciones acabais de oír; cantos y discursos que apenas me atreveré yo á profanar con el triste comentario que pudiera ofre-

cerles el desaliño de mi palabra al resumirlos; pero haré lo único que á mí me es dado, porque yo sí que no tengo más que una sola flor para ofrecer á ese sepulcro, la flor tosca y pobre, como mía, pero siempre fresca y lozana de mis nunca marchitos entusiasmos por el genio inmortal de esta raza extremeña, tan poderosa siempre para escalar las más altas cimas de la gloria, no solo aquellas que se conquistan con el valor, con el heroísmo y con las abnegaciones en que tan pródigos fueron siempre sus hijos, sino también estas otras cumbres gloriosas que por hundirse en las regiones serenas de lo ideal, sólo son aseguibles á los espíritus ungidos con el óleo divino del arte.

¡Tierra noble y modesta y generosa la nuestra, señores!, que sólo habla de sí misma á la madre España, cuando va á ofrecerle las riquezas copiosas de su suelo, ó cuando va á prestarle los brazos vigorosos de sus hijos que la ayuden en sus heróicos empeños, ó cuando va á derramar su sangre generosa sin tasa y sin regateos en holocausto de sus locos y acendrados amores patrios y siempre en fin, que, como ahora, se trata de tachonar con glorias imperecederas el cielo immaculado de su historia.

Un esclarecido príncipe de nuestra literatura contemporánea, hablando de la Extremadura del siglo XVI, ha dicho poco más ó menos las siguientes palabras: «Días de grande esplendor aquellos para la gente extremeña en todos los órdenes de la vida, y no es raro que brotara pujante el árbol de la poesía en la tierra que producía á un mismo tiempo los grandes conquistadores y los grandes teólogos y humanistas como Maldonado, Arias Montano y el Brocense.» No son mis labios autorizados para rectificar, ¿qué digo rectificar? (ahora no se trata de eso), pero ni aun para añadir siquiera una letra á las palabras de ese gigante de nuestra literatura que se llama D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Pero es que no soy yo, es la voz augusta de la historia, es el testimonio irrecusable de la realidad quien viene á demostrarnos que no se acabaron los días de esplendor y de fecundidad para la gente extremeña con el siglo XVI; ¿cómo es posible afirmar tal cosa volviendo la vista siquiera al siglo XIX?

Es verdad que en ese siglo no producía ya Extremadura grandes conquistadores que engarzaran mundos á la corona de España. ¡Eran harto tristes y luctuosos los días de esa centuria para esta noble nación que miraba, flébiles los ojos, y desgarrado el manto, el estrago doloroso que había hecho en sus entrañas la planta impura

del último invasor, dejándolas corroidas por la maldita semilla de las discordias que envenenaron el ambiente del orden social, la vida política y hasta penetraron en el sagrado recinto de la conciencia religiosa!

Pero el fuego de estas luchas, el humo de estas contiendas, el polvo de estos disturbios, no llegó á empañar el diáfano ambiente de la inteligencia ni los serenos horizontes del arte; por eso Extremadura se apresuró á llevar á esos ambientes, á iluminar esos horizontes con lumbres tan poderosas como Gallardo y Gabino Tejado, Donoso Cortés y Bravo Murillo, López de Ayala y Oudrid.

Y cuando más bulliciosamente alegraban la orgía del sentimentalismo español, las liras de los románticos, se oye una voz melodiosa y sonora, sincera y efusiva que unas veces parte de las polvorientas ruinas de Mérida, ya de las graves é imponentes llanuras de los Barros, ya de las apacibles márgenes del Guadiana, ya de las pintorescas riberas del oscuro Gévora, y los románticos embelesados suspenden sus canciones para escuchar á la alondra mañanera que va á llevar á sus cenáculos artísticos las sensaciones intensas de nuestras «castas soledades hondas», de nuestras «grises lontananzas muertas».

Y esta voz sonora y melodiosa, sincera y efusiva, era la de nuestra poetisa insigne.

Nada tengo que añadir, nada podría añadir, aunque quisiera, á cuanto respecto á la significación de esta poetisa en nuestra literatura acaban de decir los señores Triviño y Vazquez Camarasa; me limitaré sólo á exponer una sencilla consideración que me ha sugerido el estudio de esta poetisa al comparar su labor literaria con las de los demás poetas de Extremadura, diré más, al comparar su psicología con las de todos los demás escritores extremeños.

No se advierten, en efecto, en la literatura de Carolina Coronado, aquellas notas típicas y características que tan acentuada fisonomía dan al genio literario de esta región; no vibran nunca en los acentos de Carolina ni los hoscos desabrimientos, ni las ásperas rebeldías, ni las amargas desesperadas y blasfemas, ni las sátiras corrosivas y mordicantes, ni las austeras severidades flageladuras del ambiente y de los vicios sociales, ni siquiera aquel afán de originalidad y de innovaciones que atormenta siempre el espíritu de todos los escritores de esta raza, siendo la nota principal de su indisciplinado temperamento.

Pero es, señores, que todo esto es muy lógico y muy natural;

todas las notas enumeradas son propias, es verdad, del temperamento extremeño, pero también denuncian en quien las posee un espíritu enérgicamente varonil, y el alma de nuestra poetisa era absoluta y delicada y deliciosamente femenina. Como lo es siempre el alma de todas las mujeres de esta tierra entre las que, por fortuna, por don del Cielo, no ha tomado jamás carta de naturaleza ese tipo híbrido y monstruoso que, como degenerado brote del paganismo griego, pretende reproducir en nuestros días la figura sensual y sabia de la cortesana ateniense, sin conseguir otra cosa que poner ante nuestros ojos todas sus aberraciones ó ridículas ó abominables, pero absolutamente despojadas de aquel soplo de belleza y de arte que los griegos sabían infundir hasta en sus errores y en sus decadencias.

Y no es posible que brote en Extremadura esa planta exótica que con tan lamentable prolificencia está fructificando ya en otras regiones de la península, porque sabe muy bien la mujer extremeña cual es el lugar, cual es el puesto de honor que la Providencia señaló á la mujer en el mundo; saben muy bien las hijas de esta tierra que no en vano puso Dios en su alma esos raudales riquísimos de ternura y de sentimiento que la adornan; que no le fueron dados esos dones ciertamente para que los dejaran perecer de inanición en el fondo oscuro de su ser, permitiendo que hasta en las blandas intimidades del hogar crezcan los espinos de la duda y los abrojos de las investigaciones reflexivas sobre los áridos problemas de la vida, de manera que el hombre no tenga un lugar en el mundo limpio de esas asperezas donde reclinar un momento su fatigada frente; sino que les fueron dados esos tesoros para que regando con ellos todos los ámbitos del hogar, sean impregnados con el halago de sus caricias, sean perfumados con el aroma de sus ternuras.

Y el alma de Carolina Coronado, señores, lejos de ser una excepción, fué una confirmación encantadora de esta verdad. Las más hondas, las más intensas, las más sinceras vibraciones de su lira, se las arranca siempre esa trimurti misteriosa, esa maravillosa trilogía en que se abre á la vida del sentimiento el alma de la mujer como una flor perfumada: la religión, el amor, la maternidad; tres irradiaciones divinas del intenso y luminoso foco del *Amor*, que trema y arde en el centro del alma femenina, siendo la más intensa fuerza motriz de toda su vida sentimental.

Nada ha quedado por comentar la cálida elocuencia del señor Vazquez Camarasa, ni nada es posible agregar á las atinadas con-

sideraciones que ha dedicado la docta y melodiosa palabra del señor Triviño á cuanto pudiera sugerir aquel misticismo ardiente y candorosamente ingénuo de nuestra poetisa; el pueblo que la vió nacer, pueblo hidalgo y noble y fecundo en grandes entendimientos, al que me unen lazos de cariño más entrañable aún que los nacidos de la casualidad del nacimiento, porque nacen de la fuente sagrada de la gratitud, ha tenido la fortuna de contar también entre sus hijos á estos elocuentes comentadores de su egregia paisana, cuyas poderosas inteligencias prestan alas á sus jóvenes almas de artistas para remontarse á los espacios immaculados á donde sabía elevarse el alma de la poetisa en sus vuelos arrebatadores.

Por eso pudo el Sr. Vazquez Camarasa pintarnos, en períodos tan sonoros y brillantes, todos los misterios de la inspiración en el alma de la poetisa cuando abrasada en el horno del amor divino se elevaba á los éxtasis de la contemplación de la infinitud eterna.

Una obvia consideración que tan discreta congruencia guarda con el hábito que viste el Sr. Vazquez Camarasa, le ha impedido sin duda glosar con su magnífica elocuencia aquellas ardientes estrofas que las emociones eróticas del alma femenina arrancaron á la lira de la Coronado, como hubiera podido glosarlas aquel famoso «confesor de princesas y teólogo de amor» forjado por la fantasía elegante de uno de los más exquisitos escritores contemporáneos.

Pero si esta razón tan atendible no lo hubiera impedido, también hubiera podido demostrar el Sr. Camarasa que, para encontrar rival afortunada á nuestra poetisa, en el ardor ingénuo del erotismo femenino, es necesario remontarnos á la griega idealización semifantástica de Safo, la sublime poetisa de Lesbos que con los ojos radiantes del entusiasmo y con los labios resecaos de la calentura pasó por el cielo de las idealizaciones helénicas como una evocación divina, asombrando más que por la melodía encantadora de sus acentos, por el poema triste de su vida y la tragedia aterradora de su muerte, á la que bien pudiera servir de epitafio doloroso aquella estrofa lapidaria brotada recientemente de la inspirada pluma de Ricardo León:

«Nunca de un amor logrado
se vieron las maravillas
¡cosa fuerte!
que el amor está sentado



sobre las duras rodillas
de la muerte.»

Pero si el tradicional divorcio entre las gracias y las musas en la figura de la poetisa griega, engendró con las ingratitudes de Faón aquellos dolores sonoros que apagó un día siniestro sin piedad el mar Egeo al recoger en sus ondas bullidoras é indiferentes el cuerpo exánime de la poetisa suicida, en la poetisa extremeña, de un lado su naturaleza cristiana y de otro aquel maridaje asombroso ó más bien maravillosa rivalidad entre las gracias y las musas, la pusieron á cubierto de aquellas adversidades amorosas que encienden siempre en el alma de los artistas la fragua donde se forjan las más sublimes creaciones del sentimiento erótico.

Pero no ocurrió así por cierto con esa otra fuente inagotable de santas abnegaciones brotadas de aquella misión augusta con que quiso Dios compensar en el sexo bello todas las prerrogativas que le concediera al fuerte; esa dulce y santa misión de la maternidad que no se desdeñó Dios en asociar á su obra redentora, divinizándola en María, la santa y pura doncella de Nazaret, cuyas lágrimas quiso el Hijo del Hombre mezclar con su Sangre divina para amasar con ellas la redención del mundo.

Este poema heroico de la maternidad que tuvo su heroína sublime en María, habrá podido tener y tuvo en efecto el más arrebatado cantor de sus trágicas exaltaciones en el inspirado autor del *Stabat Mater*; pero en sus emociones dulcemente apacibles de las intimidades sentimentales en la vida, no ha tenido lira que tenga para esos sentimientos, acentos y tonalidades tan hondamente sinceras, tan candorosamente ingenuas como las que brotan la lira de nuestra poetisa junto á la cuna vadeante de su primera hija.

Ved, pues, señores, si es justo, si es merecido que rindamos este homenaje, desnudo sí de aparatosas fastuosidades que no tenemos, pero lleno de sinceros entusiasmos y admiraciones para aquella inspirada cantora de todos los tesoros sentimentales del alma femenina, cuya vida preciosa se prolongó tantos años sobre la tierra como presintiendo la inmortalidad que había de alcanzar su recuerdo en el alma de todos los hijos amantes de esta Extremadura que jamás se cansa de poner ofrendas de gloria sobre el altar bendito de la patria española.

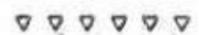
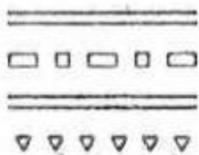
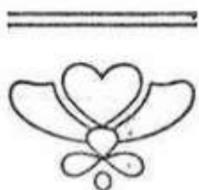
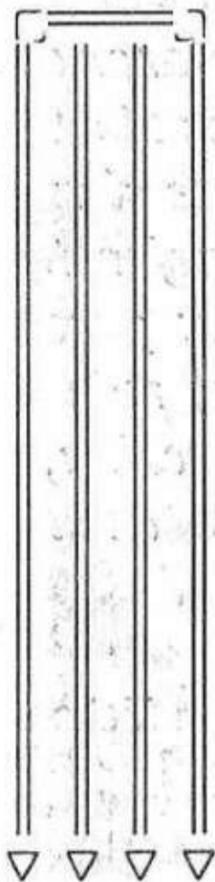
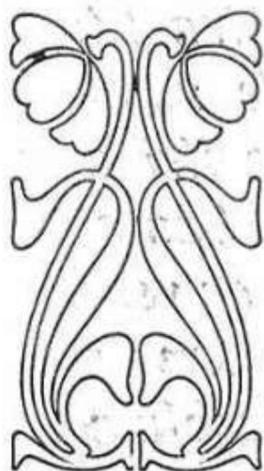
Me dicho.



CAROLINA CORONADO JUZGADA POR VALERA

CON el entusiasmo poético que produjo en España el romanticismo, adquirió también nuestra literatura, en cierta clase ó género, joyas de más alto valor que nunca. Me refiero á la poesía lírica escrita por mujeres. Si prescindimos de Santa Teresa, cuya religiosa inspiración hasta en verso la encumbra sobre las demás, nunca habíamos tenido tan inspiradas, elegantes y originales poetisas como Doña Carolina Coronado y Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Ambas descuellan por su indisputable mérito, sin que atine yo á declarar cual de las dos merece ser preferida. Creo á la Avellaneda más diestra, más docta, dirigiendo mejor en sus composiciones el vuelo de la fantasía por el reflexivo criterio y templando mejor también el fuego de la pasión con el magisterio del arte; pero en cambio es la Coronado más sincera, más espontánea, más original á veces, y siempre más mujer, ó sea menos parecida, en cuanto escribe, á los hombres poetas, representando en suma más distinta y exclusivamente el ETERNO FEMENINO (1).

(1) Este somero juicio que de Carolina Coronado hace D. Juan Valera en las anotaciones al tomo III de su *Florilegio de poesías Castellanas del siglo XIX*, editado el año 1902, acaso fuera escrito algunos antes, cuando en la musa de la extremeña ilustre que el famoso crítico iguala á la Avellaneda, no se había operado la transformación que se advierte en los postreros años de su vida; cuando Carolina no había dado á la estampa las hondas quejas que en más hondos y vibrantes pensamientos arrancaran á su alma dolorida de española los desastres coloniales, las heroicidades de soldados como los de Baleer, la salida del siglo de los quebrantos de su España querida y la entrada en el de las esperanzas de redención; pues de haber sido trazado el juicio sobre nuestra insigne compatriota, cuando aparece editado, tenemos para nosotros que el autor de *Pepita Jiménez* hubiera modificado algo sus apreciaciones últimas sobre nuestra gloriosa paisana.—(N. de la Redacción).



! ! (1)

Quejarse es protestar: la pena es muda
cuando oprime con ru la persistencia,
solo el silencio al desgraciado escuda
para ocultar al mundo su existencia.

Silencio el infortunio necesita
para templar su natural encono,
y mejor que el consuelo, que le irrita,
sufre del ser humano el abandono.

Si veis que aún vivo, y de mi larga vida
conservo el hilo por seguir viviendo,
no es que á vivir el goce me convida,
pues es más goce descansar muriendo.

Es que cumplo la ley de mi destino,
dócil, sumisa al que gobierna el alma,
sin que el dolor cruel en mi camino
logre irritar mi resignada calma.

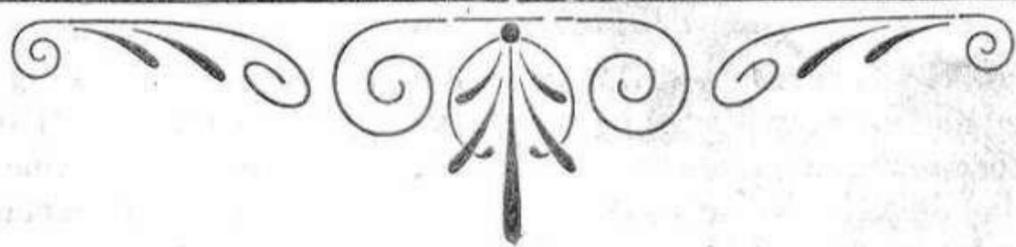
Se refugia el espíritu en la nada
Cual si á extinguirse fuera nuestro aliento
y en el vago no ser, desorientada,
cesa de la criatura el sufrimiento.

Mitra (Lisboa) 1910.

(1) Esta composición fué la última que produjo el númen poético de Carolina Coronado. Las líneas de puntos que en la misma figuran y la forma en que aparece trazada en la cuartilla por las benditas manos de la escritora extremeña, hacen suponer que no había sido terminada; la profundidad de pensamiento y la forma en que se envuelven, demuestran la inagotable inspiración de Carolina.—(Nota de la Redacción).



Fotografía sacada de un retrato al óleo, original de D. Federico Madrazo.



DE ALGO QUE NO PASÓ DE IDEA

◆ Recuerdos y.... un poco más ◆



RA allá por el año 1889, cuando recién coronado en la Alhambra su cantor y el de tantas leyendas y tradiciones gloriosas, D. José Zorrilla, se pensó por un extremeño, D. Nicolás Díaz y Pérez, en hacer algo análogo con Carolina Coronado, la insigne poetisa venida al mundo en Almendralejo, que halló en los verdes y frondosos prados que baña el Gévora, la más copiosa é inagotable fuente de inspiración.

El pensamiento fué acogido con agrado, pero sin los entusiasmos precisos para realizarlo, por los extremeños amantes de las letras y conocedores de lo que Carolina Coronado representaba no ya en la literatura regional, sino en la literatura española del siglo XIX.

Solo una publicación de las que en la capital de Extremadura veían la luz por referida época, *La Idea*, que dirigía el cultísimo escritor y poeta de altos vuelos D. Cárlos Servert y Fortuny y de la que era el redactor más asíduo quien también lo es de esta, D. Antonio Arqueros, hizo algunas atinadas reflexiones sobre la coronación pretendida, fundadas en lo que en estos supremos homenajes de la tierra, pone la popularidad que sobró á Quintana y á Zorrilla tanto cuanto á nuestra ilustre poetisa faltaba, por la vida ascética á que voluntaria y codiciosamente la redujeron los dolores y las tristezas de su alma.

Decía en el número 3.^o de *La Idea* y en la 2.^a carta de una se-

rie que «*En defensa del pueblo*» publicara en dicha revista el modesto redactor que firmaba con el pseudónimo *Un Artista*:

«Voy á figurar como candidato de posición, y lo siento, quizás hoy más que nunca, por la índole de la cuestión que va á constituir el tema de la presente carta.

Trátase, señor director, de una mujer, condición bastante á inspirar respeto; de una dama, título suficiente á la galantería; de una poetisa eminente, digna por todos conceptos de nuestra admiración.

No voy á discutir á Carolina Coronado, ni como mujer, ni como dama, ni como escritora. Fuera de mi intento tan atrevido y poco hidalgo.

Voy á exponer mi modesta opinión, no por modesta menos firme, sobre cierta idea vertida hace algún tiempo por un mi ilustre compatriota y recogida por una pequeña parte de la prensa.

Me refiero á la coronación de la distinguida poetisa, que honra con su talento nuestra noble Extremadura.

Aparte de que la imitación trae aparejadas consigo ciertas comparaciones siempre odiosas, tengo para mí, que es preciso que reuna la persona que asista en vida á la apoteosis de su genio, á excepcionales dotes de inspiración, una verdadera popularidad, si no se quiere que todo quede reducido á una fiesta sin resonancia, que entre amigos se celebra.

Quien concibió el propósito de coronar á Zorrilla, no encontró dificultad alguna al iniciarlo; protección decidida halló en todos al dar cima á tan gallardo plan, y el éxito más completo coronó su empresa.

¿Sucedería lo mismo al tratarse de nuestra inolvidable Carolina? No, seguramente, y no es que carezca la ilustre dama de verdadero mérito; poetisa de altos vuelos es, y de fecunda inspiración hace alarde en todas sus sentidas composiciones. ¿Qué le falta, pues, para que se imponga su coronación? La popularidad. Esa popularidad que ha hecho del gran Zorrilla la figura más saliente de nuestro moderno Parnaso.

He ahí por qué el pensamiento que me ocupa no tuvo eco, ni tendrá, mal que me pese, digno remate.

Es decir, digno remate si puede tener. Pidamos que se voten las cantidades que hubieran de destinarse á los esplendores de la fiesta, y obtenidas, dediquemoslas á aliviar *la angustiosa situación del infeliz obrero*; viérais entonces con qué gozo trocaba Carolina la artística corona de laurel, acaso no aceptada, por la que hubieran de formar las perlas del agradecimiento.

¡Esa sí que fuera coronación sublime! — UN ARTISTA. — Badajoz 12 de Septiembre del 89.»

A esta siguió otra carta en la misma publicación y con la propia firma, dirigida á la excelsa escritora, en la que el sencillo hijo del trabajo, en cuya alma acababa de quedar reflejado uno de esos tristes, desoladores cuatros de despedida para la emigración, decía así:

«Señora doña Carolina Coronado.

Respetable señora y distinguida poetisa: De su hermoso corazón espero disculpe la osadía de dirigirme á V.; pero hijo del pueblo soy, con su franqueza me he nutrido, y ella preside todos mis actos.

Algo en defensa de ese desdichado pueblo conmueve mi alma, algo necesito decir á V.; y sin rodeos, sin hipocresías, tal vez con frase ruda, llega á mis labios, toma la forma exterior de la palabra y á V. se dirige.

Quizás tal proceder tacharse pueda de incorrecto; pero nunca será digno de que se juzgue poco hidalgo, — y valga la afirmación

Yo sé que aunque alejada prematuramente y por voluntad propia de la escena de sus triunfos; yo sé que aunque la vida literaria no tiene hoy para usted los encantos irresistibles de otros venturosos tiempos; yo sé que aunque

no sigue con el entusiasmo que rebotó su alma en horas más felices el movimiento artístico de su incomparable España, tan lejos no está de nosotros ni tan olvidados nos tiene, que no haya llegado á sus oídos el noble propósito de coronar su frente con el laurel inmortal de los poetas.

Que para ello le sobran méritos, cosa es que está en la conciencia de todos, y que yo soy el primero en confesar con legítimo orgullo; pero desearía que esa coronación revistiese formas ménos materiales, fuera digna de la grandeza de su corazón y tocase en lo sublime.

He ahí porqué me dirijo á V.

Mi proyecto en mero proyecto quedaría, no por falta de bondad, sino por la pequeñez del que lo ha formulado, si V. no le prestase su concurso decisivo.

¿En qué consiste ese proyecto? Ya se dejó adivinar en los ruegos de mi última carta. ¿Qué me propongo hoy al trazar estos renglones? Qué V., señora, los escuche y los convierta en hermosa realidad.

Cuando vayan á ofrecerle la no pretendida corona de laurel, acéptela, y entregue cada una de sus valiosas hojas á los desdichados que son tres veces acreedores á sus bondades: por hermanos, por compatriotas y por infelices.

¡Ah! si usted, que tantas pruebas tiene dadas de magnánimos sentimientos, hubiera presenciado el cuadro desolador que no ha muchos días se extendió á mis ojos; si usted hubiese contemplado tanto rostro enflaquecido por el hambre y enrojecido por las lágrimas; si usted hubiese escuchado tantos acentos de dolor y tantas frases desgarradoras como proferían esposas á quienes la miseria arrancaba á sus esposos; madres á quienes la suerte privaba de sus hijos; hijos que lloraban el forzoso destierro de sus padres; si usted hubiera visto aquellos honrados obreros, que pugnaban por aparecer alegres, esperar con secreta angustia el agudo silbido que ha de anunciarles con la marcha de la indiferente locomotora el alejamiento de los seres amados y de la dulce patria; si usted hubiese podido leer tras de sus empañados ojos el profundo desaliento de aquellas almas que tanto días han de agitarse sobre las traidoras aguas de un Oceano sin límites hasta encontrar en lejano clima extraño albergue, ageno pan, prestado amor; si usted hubiese oído en fin entre el último apretón de manos, el beso que estalla y el pañuelo que se agita, la suprema vibración que se confunden al crujir metálico con que anuncia el tren su vertiginosa marcha, el gemido, el hondo gemido en que se compendian todas las emociones y el adios postrero que el eco repite largo espacio, ¡ah! entonces, no du lo que digera usted como yo deseo: *«No os alegeis, esclavos de la molerna edad; Extremadura me ofrece una corona; yo os entrego su valor; quizás no sea bastante á redimiros, pero él puede ser base de vuestra futura grandeza; aumentadlo con el trabajo, con el estudio, con la honradez y el triste problema de la emigración quedará resuelto»*

¿He interpretado mal sus sentimientos? ¿No serian estas sus palabras? ¿No trocaria usted la corona tegida con laureles por la que hubieran de formar las perlas de la gratitud? Dudenlo los que desconozcan la prodigalidad del genio.

Yo, más justo, se que esta es la única corona que V. ceñiría con hidalga vanidad.

Al ofrecérsela, queda satisfecho, UN ARTISTA. — Badajoz 29 de Septiembre del 89.»

Si las palabras de *Un Artista* hicieron impresión en el ánimo de la insigne desterrada en Poço d'Arcos, ó si ellas coincidieron con lo que de antemano era resolución firme de una voluntad de hierro, cosa es que ni los redactores de *La Idea* averiguaron antes ni yo ahora puedo determinar; mi acción he de limitarla á transcribir en este engarce de «Recuerdos» la sencilla pero hermosa epístola en que la egregia escritora rechazaba el proyecto de corona-

ción, apoyándose en algo de lo que sirvió de base á *Un Artista* para dudar del éxito, epístola que dice así:

«Sr. D. Nicolás Díaz y Pérez.

»Muy señor mío y de mi mayor aprecio: Cuando hace meses leí en *La Epoca* que «se proyectaba coronar en Extremadura á Carolina Coronado», imaginé que juzgándome muerta querían mis paisanos hacerme algún simulacro conmemorativo. No me penetré de que fuese yo viva la que había de obtener tan insigne honra, y como nada más llegó á mis noticias, creí que el suelto era una equivocación. Pero hoy me veo sorprendida por la carta de usted y el periódico que la acompaña, donde veo que, en efecto, personas tan respetables como geneosas, han tenido esa idea, siguiendo el ejemplo de Granada con el poeta más popular de los tiempos antiguos y modernos. No lo atribuya V. á modestia que no es, ni á afectación, que no la uso; pero quedé tan espantada del propósito de ovación, que rompí á llorar como si mis paisanos quisieran castigarme llevándome á un sacrificio por haber hecho versos. Yo no hice nunca profesión de literata; he sido siempre la más casera de las mujeres. Ni siquiera he tratado de corregir mis obras, que están en su mayor parte inéditas, ni tengo colección de las publicadas, y no puedo ser sometida al tribunal supremo del pueblo, porque no tengo nada con que justificar ante él la legitimidad del genio, á quien sólo se deben prodigar esos honores.

»Quintana y Zorrilla fueron coronados *popularmente*, porque sus obras responden á su glorificación; pero cuando no se tienen merecimientos para alcanzar ese premio, la opinión pública justa y severa se revuelve contra las ambiciones osadas, y aquella mujer que merecía respeto por haber limitado sus aspiraciones á emitir sus pensamientos modestamente, se vería reprobada, causando á su sexo perjuicio en vez de gloria.

»Aparte de eso, un luto que he de llevar lo que me resta de vida, me trajo á este retiro donde cumplo deberes que son sagrados, aunque por oscuros no me den fama. Desde aquí sigo con el alma los movimientos de la querida patria y cuando me fijo en mi tierra natal—la para mi inolvidable Extremadura—, la recuerdo con el mismo cariño entrañable de la niñez.

»Yo agradezco á mis paisanos su memoria fraternal para la hermana desgraciada; y sin fiestas cívicas á que no puedo asistir, como los genios varoniles que han de pasar á la posteridad, les envío en los adjuntos versos estos acentos cariñosos que ruego á V. los trasmita, creyéndome V. su muy afectuosa paisana, CAROLINA CORONADO.—Paço d'Arcos 15 de Febrero de 1890.»

Negativa tan sinceramente expresada; renuncia de idea tan halagadora como la de una coronación, hecha con la sencillez y dulzura, pero á un tiempo con la firmeza que revela la carta transcrita, tuvo su segunda parte en el inspirado soneto que la acompañaba, parafraseado y devuelto á la venerable anciana en otro por demás cariñoso de un íntimo de esta casa á quien si alguna vez le faltaran palabras para expresar sus ideas, le sobraría siempre corazón para sentirlas.

Decían así las composiciones á que hacemos referencia:

Una corona nó, dadme una rama
de la adelfa del Gévora querido,
y mi genio, si hay genio, habrá obtenido,
un galardón más grato que la fama.

No importa al porvenir cómo se llama
la que el mundo decís que *dió al olvido*;
de mi patria en el alma está escondido
ese nombre que aún vive, sufre y ama.

Os oigo desde aquí, desde aquí os veo,
y de vosotros hablo con las olas
que me dicen con lenguas españolas
vuestro afán, vuestra fe, vuestro deseo.

Y siento que mi espíritu es más fuerte
en esta vida que os parece muerte.

* * *

Una corona sí, traeré la rama
De la adelfa que el Gévora ha nutrido,
Y tu genio que es genio esclarecido,
Hallará el justo premio de la fama.

Importa al porvenir cómo se llama
La que tan pronto el mundo dió al olvido;
La pátria, que aún escucha tu gemido,
Quiere hacerte inmortal, porque te ama.

Ella te ve lo mismo que te veo;
Suyas son esas lenguas españolas
Que te cuentan por medio de las olas
Nuestro afán, nuestra fé, nuestro deseo.

Mirto y laurel queremos ofrecerte,
Para librar tu nombre de la muerte!

La resistencia de Carolina á ser coronada, por la fecha á que me refiero, dió al traste con la idea que, más tarde, si no miente mi memoria, surgió de nuevo en publicaciones que ya existían cuando el Sr. Díaz y Pérez la iniciara, como *El Orden*, ó en otras cual *La Coalición*, que reveló el mayor interés por sacar de su retiro, siquiera fuera brevemente, á la egregia escritora, haciendo que, cuando no España, como gloria de sus letras, la región que la vió nacer le rindiese el homenaje de su cariño y de su admiración.

Diferentes juicios se vertieron sobre esto en la prensa de Badajoz y, sobre todo, en los dos periódicos últimamente citados, que sería curioso reproducir, y que yo reproduciría si el espacio de que dispongo me lo permitiera; se pensó en que el Ayuntamiento de Badajoz y el de Almendralejo, á la Diputación unidos, fueran á Poço d'Arcos á hacer la invitación para el acto solemne que había de celebrarse en la primera de dichas poblaciones, como capital de Extremadura y de la provincia donde la escritora insigne, la esposa augusta y la madre bendita vino al mundo; se pensó en que vencida que fuera una resistencia que tenía sus fundamentos en el dolor más santo, fuera Castelar, fuera Echegaray, fuera uno de esos hombres excepcionales á quienes consagró la fama por su talento y por su elocuencia, y de los que ella conoció en días mejores para todos, el que viniese á nuestra capital á coronar á la ilustre y venerable anciana, en un acto solemne, memorable, donde tuviera representación toda Extremadura y toda España, teniendola la más alta representación del Estado; se hicieron algunos otros proyectos, pero todos se estrellaron en la resolución inquebrantable de Carolina, de no abandonar su retiro hasta la muerte, *guar-*

dando en él el luto que se propuso llevar todo lo que le restase de vida, en cumplimiento de deberes sagrados, aunque por oscuros no le dieran fama; en esto y en algo de lo que no quiero hablar para rehuir oprobios á la región que no se desvive por sus hijos ilustres, cuanto éstos se merecen; para evitar el sonrojo de los que en este cargo mio llevan la mayor parte de culpa.

Pero no hay pecado sin remisión si es sincero el arrepentimiento, y á la remisión por el arrepentimiento puede llegarse hoy. ¿Cómo? ¿En qué forma?

Carolina Coronado ha muerto: la que por cuantos medios fué preciso negose á que se rindiera en vida á su inspiración, á su virtud y á su talento el más tentador de los homenajes, abandonó esta vida, dejando en ella testimonios de su imponderable grandeza como escritora, como esposa y como madre.

Ya no puede oponerse á que se le tributen los honores que mereció por tan diversos modos; ya su cuerpo bendito descansa sobre la tierra de su adoración; ya su nombre glorioso fué inscripto en el templo angusto de la inmortalidad; ya llegó la hora de que Al-mendralejo, Badajoz, Extremadura toda rinda á Carolina el testimonio de admiración que en vida es seguro que no hubiera permitido ella que se le rindiese.

El parque de Castelar, el hermoso parque que lleva el nombre del más grande de los oradores de los modernos tiempos, del genial orador á quien ella salvó la vida en días de revuelta, pide tiempo hace un monumento, demanda hace algunos años una estatua.

Levantemos en él la de Carolina. Asociar el nombre de la mujer que en más sentidas estrofas cantó las desdichas de la patria para reanimarla, al del tribuno gloriosísimo que, equivocado ó no, al bienestar de la patria hizo la ofrenda mayor que puede hacer un hombre, la de su popularidad, nos parece obra hermosa, obra digna de extremeños y de amantes de esta tierra bendita.

La figura de la egregia poetisa todo amor, todo virtud, todo sacrificio, que en algun bajo relieve coronada pudiera aparecer por el coloso de la idea hablada, recibiria en las noches silenciosas las rumorosas cadencias del río de sus amores,

«del Gévora que pasa fugitivo
mirando relucir ola tras ola»,

reflejándose su imagen bendita en las mansas aguas del río que besa Badajoz, como en aquellos días venturosos cantados por Carolina,

«cuando en las mansas aguas del Guadiana,
se retrataba mi infantil semblante».

Uno que va para viejo.



Legajo

La velada que celebró el Ateneo el día 5 de Marzo en honor de Carolina Coronado, estuvo concurridísima, y fué digna de la extremeña ilustre á quien se dedicara.

Las brillantes oraciones que en otro lugar insertamos, del presbítero don Enrique Vázquez Camarasa, hijo de Almendralejo, y encargado por el Ateneo de hacer el discurso apologético de Carolina y el de D. José López Prudencio, presidente de la Sección de Literatura de la honorable Sociedad, fueron interrumpidos en diversos períodos por ruidosos y nutridos aplausos, mereciendo los propios honores la breve pero hermosa improvisación del joven y elocuente sacerdote D. Enrique Triviño, también paisano de la insigne escritora que acaba de morir, y las poesías que Sofía Casanova, Reyes Huertas, Monterrey y otros, dedidaron á la inmortal poetisa y á la bendita mujer.

La Academia de la Poesía, de Madrid, que recién inauguradita fué invitada al acto y se ofreció á enviar su representación, envió solo una poesía de Sofía Casanova.

No fué necesaria la presencia de ninguno de los bardos egregios que forman la Academia de la Poesía allá en la coronada villa, á la brillantez y grandeza de la velada; pero sí hubo de llamarnos la atención el silencio de tantos ilustres trovadores, cuando se trataba de enaltecer la memoria de la figura más saliente, la más honorable, la que ofrecía mayor relieve para ser cantada, de cuantas en la actualidad enaltecen la poesía y la literatura castellanas.

¿Para cuándo guardan esos vates evocar á sus musas, pedirle y arrancarle si es preciso las más gallardas muestras de su inspiración?

* * *

Razones que escaparon á nuestra voluntad, fueron causa de que el número doble de ARCHIVO EXTREMEÑO, que repartimos hoy á nuestros lectores, dedicado á Carolina Coronado, no lo hayamos dado antes á la publicidad. Las fotografías primero, los fotograbaos más tarde, el coleccionamiento de originales y hasta la enorme aglomeración de trabajo de la casa editora de nuestra revista, motivaron un retraso que pedimos á los lectores nos perdonen en gracia á la buena voluntad que ha presidido á la presentación de nuestra ofrenda humilde, pero cariñosa, á la más genial de las poetisas que escribieron en la lengua de Cervantes, y á la más santas de las esposas y de las madres.

Al número á Carolina, en el que la empresa de Archivo no escatimó nada, y en el que sin la aflicción de trabajo que pesa sobre la tipografía donde se edita, sus obreros hubieran hecho más, acompañan por separado dos pliegos de la historia de Solano de Figueroa y uno de las obras de Diego Sánchez.

* * *

El número doble de los meses de Abril y Mayo, que contendrá diez pliegos, cuatro de las obras antes citadas y seis de revista, llevará cuantos trabajos quepan en éstos últimos, de los premiados en los Juegos Florales, habiendo empezado ya la confección de él, y confiando poderlo repartir á plazo corto.—BALDUQUE.